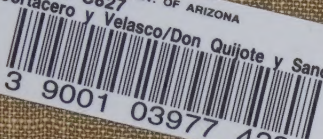


863.32Z C827
Cortacero y Velasco/Don Quijote y Sancho

UNIV. OF ARIZONA

mn



3 9001 03977 4230

DON QUIJOTE Y SANCHO

NUEVOS COMENTARIOS

POR

MIGUEL CORTACERO Y VELASCO

PRESBITERO



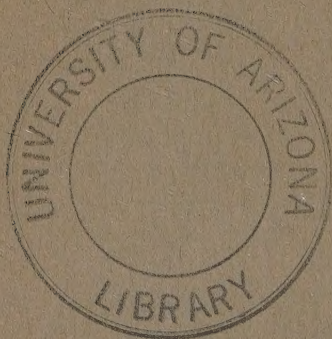
MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBLIOTECAS Y MUSEOS»

Olózaga, 1.—Teléfono 3.185.

1915

Fig. 190
190 hog



C827

DON QUIJOTE Y SANCHO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

CUESTIONES ECLESIASTICAS

CUESTIONES AGRARIAS Y SOCIALES. (EN CENSURA ECLESIASTICAS.)

CERVANTES Y EL EVANGELIO Ó EL SIMBOLISMO DEL QUIJOTE.

DON QUIJOTE Y SANCHO

NUEVOS COMENTARIOS

POR

MIGUEL CORTACERO Y VELASCO

PRESBITERO



MADRID

TIP. DE LA «REV. DE ARCH., BIBLIOTECAS Y MUSEOS»

Olóxaga, 1.—Teléfono 3.185.

1915

Á LA MUY ILUSTRE
MARQUESA DE VILLALEGRE Y SAN MILIAN

EN TESTIMONIO DE PROFUNDA GRATITUD Y AFECTO

EL AUTOR

AL LECTOR

Es costumbre inveterada y muy loable que el autor de un libro sea presentado á los lectores por una persona rica en talentos ó prestigios, por aquello tal vez de «el que no tiene padrinos no se bautiza», y por más que he dado vueltas por esos mundos y llamado á muchas puertas, no he podido encontrarle, por lo que este libro se queda moro, con gran sentimiento mío. Si el público y la crítica indulgente quiere apadrinarlo, aunque no sea más que por caridad cristiana, quedará contento y satisfecho

EL AUTOR.

•

1
1

CAPITULO I

DE COMO SANCHE NO FUÉ COMILÓN, GOLOSAZO NI SUCIO

Grande atrevimiento llamarás el que un ignoto de las letras patrias entre á saco por los frondosos campos del libro más bello que el ingenio humano ha producido 'para entretenimiento y solaz de innúmeras generaciones. Pero como no le maltrato ni sus personajes pierden nada con este pequeño comentario que te ofrezco, espero de ti me perdonarás que yo, en ratos de añoranzas y tristezas infinitas, te proporcione la ocasión de que, si vuelves á leer ese libro (y debes leerle muchas veces), conozcas á don Quijote y Sancho tales como fueron y no como las gentes se los han imaginado. Te he dicho, lector, y no me arrepiento, leas muchas veces ese libro, y si te lo pudieras aprender de memoria ganarías mucho y nada perderías, y si lo haces, quiero te fijas en Sancho, pues, como ha pasado á la historia como el prototipo de toda glotonería, desaliñado y sucio,

te convencerás plenamente de que esto es un error que tú por tu parte y yo por la mía nos comprometemos á deshacer, y de este modo cumpliremos sus deseos cuando dice:

“—Debían los historiadores tener misericordia de mí y tratarme bien en sus escritos; pero, digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque, por verme puesto en libros y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da una higa que digan de mí todo lo que quisieren.”

Y como se viene á todo correr el Centenario de la publicación de sus hechos, es muy conveniente deshagamos en honor suyo esa patraña.

¿De dónde partió la especie de que Sancho era un empedernido gastrónomo para que esta fama háyase ido transmitiendo de generación en generación hasta el punto de servir su nombre como sinónimo de toda clase de ambiciones y glotonerías? Voy á indicártelo, y verás con qué poco motivo y fundamento hásele atribuído ese pecado capital á nuestro discreto y buen escudero Sancho Panza.

La primera vez que vemos en el *Quijote* darle el nombre de glotón que hasta ahora ha conservado fué aquella en que, discutiendo con el Ama y Sobrina, le dijeron:

“—Malas ínsulas te ahoguen—respondió la Sobrina—, Sancho maldito.

”—¿Y qué son ínsulas? ¿Es alguna cosa de comer?

”—Golosazo, comilón, que tú eres.”

La segunda vez que así le vemos tratado fué cuando don Quijote, maltrecho por aquellos toros que á él le parecieron terribles y espantosos gigantes, le dijo:

”—Come, Sancho amigo, sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgracias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú, para morir comiendo.”

En otra ocasión, y con motivo del desencanto de Dulcinea, díjole aquella ninfa, que iba acompañada de Merlín:

”—Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de Harón ese brío que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición y la belleza de mi faz.”

Y como tijeretas habían de ser, estando á la mesa, dijo don Antonio á Sancho:

”—Acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardáis en el seno para el otro día.

”—No, señor; no es así—respondió Sancho—; porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor don Quijote, que está de-

lante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días. Verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla, quiero decir, que cómo lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quienquiera que hubiese dicho que yo soy comedor aventajado y no limpio, téngase por dicho que no acierta; y de otra manera dijera esto si no mirara á las barbas honradas que están á la mesa.”

Y si á estos dichos agregamos el afán que naturalmente sentía por comer, puesto que se le pasaban los días en turbio y las noches en claro sin probar bocado, nada tiene de particular que el vulgo, que en nada profundiza, creyera que era lo que de él dijeron el Ama y la Sobrina, don Quijote, la falsa Dulcinea del Toboso y don Antonio Moreno.

Y para que te convenzas de todo lo contrario, te daré aquí unas breves noticias de las veces que comió con hartura y las que ayunó forzosamente, cosa que para ti ni para mí deseo.

Una vez que don Quijote hubo convencido á Sancho le sirviera de escudero, ambos salieron de su lugar:

“Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota.”

¿Es creíble llevaran los ricos jamones, chori-

zos y embutidos de Extremadura y los exquisitos vinos de Chipre? Que no debieron formar parte de su repostería lo antes referido pruébalo el que, después de la aventura del Vizcaíno, preguntóle don Quijote si llevaba alguna cosa que comer, á lo que Sancho contestó:

“—Aquí traigo una cebolla y un poco de queso, y no sé cuántos mendrugos de pan.”

¿Fué por ventura esta comida la que dió motivo al vulgo para que hasta la hora de ahora llame al que engulle sin tón ni són *Sancho Panza*, como si esto fuera una verdad inconcusa?

Continuemos: Después de haber comido de tan frugal manera llegaron á la venta, y aunque en ella comiera algo más sazonado, ni era el sitio á propósito para desquitarse de lo perdido, ni el ventero alargaría tanto la mano que él quedara satisfecho. No dudamos que si comió algo pronto lo digirió con el manteamiento que sufriera, quedando con esto peor que antes estaba.

Tampoco en esta ocasión vemos la glotonería de Sancho. Pero como dice un refrán que no hay bien ni mal que cien años dure, tuvo la fortuna que su amo topara con aquellos sacerdotes que llevaban á Segovia un cuerpo muerto, los que, una vez vencidos, Sancho le rogó á don Quijote le siguiera, “y á poco trecho que

caminaban por entre dos montañuelas se hallaron un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió al jumento y, tendido sobre la verde hierba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambarrera que los señores clérigos del difunto en la acémila de su repuesto traían”.

¿Ves, lector, cuántas fueron las hambres y escaseces de Sancho, para que nadie se atreva á llamarle comilón ni su nombre se tome como sinónimo de ambicioso y glotón?

Y si éstas hubieran sido las únicas ocasiones en que su estómago estuvo expuesto á buena prueba, bien pudiera darse por satisfecho; pero como menudearon las aventuras desgraciadas sin topar con nada de comer, no pudo conseguirlo hasta que llegó á Sierra Morena, donde su suerte mejoró algún tanto “con un buen montoncillo de escudos de oro”, y así como los vió dijo:

“—Bendito sea todo el Cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho.”

Es verdad que este hallazgo fué para él un verdadero tesoro; pero ¿de qué pudo servirle en aquel agreste y solitario lugar para proporcionarse los alimentos necesarios y recuperar lo mucho que tenía perdido con los ayunos y

abstinencias de su amo? De allí parte para llevar, de orden de don Quijote, la carta á Dulcinea, y llega de nuevo á la venta, sitio de no muy agradable recordación para él, donde encuentra al Cura y al Barbero, concertando con ellos, como todos saben, sacar á don Quijote de Sierra Morena, donde quedaba haciendo ásperas penitencias, y tampoco, que sepamos, fueron allí muy abundantes los banquetes. Muchos creerán que la comitiva que se formó para llevar á cabo el intento del Cura llevaría abundantes provisiones con las que Sancho satisfaría sus tendencias inagotables al yantar; pero es el caso que, ya todos de vuelta, “detúvose don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y apeáronse junto á la fuente, y con lo que el Cura se acomodó en la venta, satisfacieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traían”.

¡Pobre Sancho! ¿De dónde habrán sacado las gentes, hasta formar casi un axioma, que no pensaba en otra cosa más que en comer y más comer, saciándose de todo cuanto topaba?

Como hemos visto hasta aquí, el más célebre ayunador del mundo no hubiera sufrido tan largos y continuados ayunos.

¿Acaso al llegar á la venta daría ciento y raya á todos sus moradores? Recuérdese que allí no

tuvo punto de reposo, pues como las aventuras ocurridas á su amo tropezaban las unas con las otras, poca tranquilidad y tiempo pudo tener para comer mucho.

¿Lo haría cuando, ya camino de su aldea, encontróse con aquel canónigo que llevaba bien provista su repostería? Tampoco, porque con la pendencia de don Quijote y el Cabrero, éste dió al traste con todos los manjares, y como donde hay disgustos y pendencias no se come, ó se come poco, es de presumir no diese rienda suelta á su apetito.

¿Ves, lector, cómo hasta aquí no se encuentra motivo alguno para que á Sancho se le tilde y tenga por glotón y goloso? Dirásme que en esta primera salida no tropezó con ocasiones propincuas por las que pudiera hacer de las suyas; quiero recorras brevemente la segunda, por si en ella se patentiza la fama que goza de comilón.

Grandes necesidades debió experimentar en esa su segunda salida, porque no le vemos comer hasta que el escudero del Caballero del Bosque, en aquellas graciosas y amenas pláticas que tuvieron, le dijo:

“—Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas, pero yo traigo un despertador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno.”

Y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; lo cual, visto por Sancho, dijo:

“—¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor?

”—Pues ¿qué se pensaba?—respondió el otro—. ¿Soy yo, por ventura, algún escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo que lleva consigo cuando va de camino un general.”

Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de vuelta, y dijo:

“—Vuesa merced sí que es un escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamiento parécelo á lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que puede descalar con ello á un gigante, y cuatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las hierbas del campo.”

¿Qué tal?, amado lector. ¿Fueron las abundantes provisiones de Sancho y sus opíparos banquetes los que dieron pábulo á las gentes

para presentarlo al mundo rechoncho y mo-fletudo como un tonel de cien arrobas de vino? ¿Es éste al que se tilda como un empedernido golosazo, adorador de toda gula y destemplanza? ¿Qué de particular tiene coma con apetito el que tiene hambre y los dientes adormecidos á fuerza de no masticar sino frutas secas y hierbas del campo?

Por eso bien hubiera querido prolongar su estada con el tan bien provisto escudero; pero el fin de aquella aventura cerró la despensa y tuvo que seguir á su amo, comenzando de nuevo sus forzosas y forzadas abstinencias. Y las llamamos así porque no le vemos comer hasta que, apartándose algún tanto de don Quijote y del Caballero del Verde Gabán, fué “á pedir una poca de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas”. Mas como echó el requesón en la celada que su amo le pidió y se puso para combatir á los leones, tampoco pudo aprovecharse de él, como si siempre estuviera condenado á tener el estómago vacío.

Tal vez me dirás que esa fama la adquirió en las bodas de Camacho, y á esto te contestaré que no hay nada más lejos de la verdad, porque, si bien es cierto que él de buena gana comiera un buen puchero y aquellos zaques y frutas de sartén que en tanta abundancia contemplaba, fué tan parco en el pedir, que, llegándose á uno

de los cocineros, “con cortesés y hambrientas razones pidióle le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas”.

Si, pues, aquí no encontramos nada que reprocharle, preciso será adelantar los sucesos y ver si en casa de los Duques hizo alguna cosa por donde su buena reputación quedase quebrantada. Pero es el caso que, leídos y releídos todos los sucesos que allí ocurrieron, no encontramos nada contrario á la más exquisita templanza, pues, aparte de que todas las aventuras sucediéronse casi sin interrupción, no dando tiempo á comer con sosiego, por otra, los pobres como Sancho no suelen comer bien en casa de los ricos, por los melindres y ceremonias que tienen que guardar.

¿Comería largo y tendido en aquella ínsula de la que fué nombrado Gobernador por los Duques y de ahí traiga la fama de tragárselo todo? Pero recordemos la figura de don Pedro Recio de Agüera, y no *de muy buen agüero* para Sancho, que superó en quinto y tercio las hambres todas que había experimentado en su larga carrera de escudero, y nos convenceremos de todo lo contrario.

Sería cuando, ya camino de Zaragoza, entró en aquella venta y preguntó “al huésped que qué tenía para darle de cenar. A lo que el huésped respondió que su boca sería medida, y así

que pidiese lo que quisiese, que de las pajari-cas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveída aquella venta"; resultando, como recordará el lector, que tenía muchas cosas en la memoria, menos lo que Sancho pedía y deseaba, hasta que, cansados el uno de pedir y el otro de ofrecer, el ventero dijo:

"—Señor huésped, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: "Cómeme, cómeme."

Si pues tampoco en esta ocasión pudo acreditarse de comilón y golosazo, justo es que termine el concepto que de él han formado las anteriores generaciones y lo desagravien las presentes y venideras.

¿De dónde sacaron las gentes que Sancho era sucio, desaliñado y ordinariote, cosas que distan mucho de lo verdadero y cierto? Y para que te convenzas, lector, puesto que no quiero me creas por mi palabra, recordarás que los criados de los Duques les dijeron que Sancho no quería lavarse, á lo que contestó con mucha cólera:

"—Sí quiero; pero querría que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara y con

manos no tan sucias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo, que á él laven con agua de ángeles y á mí con lejía de diablos.”

Razones todas que abonan su limpieza y pulcritud.

Por eso no podemos comprender de manera alguna cómo Sancho ha sido tan mal comprendido y peor tratado.

CAPITULO II

DEL GOBIERNO DE SANCHE

Cumpliéronse al fin los deseos de Sancho Panza de tener, si no un condado, por lo menos una ínsula, que llevaba por nombre “Barataria”, ya porque el lugar se conociera con el apelativo de Baratario, ó ya por el barato con que se la dieron los Duques. Saliéronle á recibir todos los vecinos del pueblo con gran alegría y alborozo, repicando las campanas, y en medio de este contento encargóse del gobierno de ella.

Figura muy acabada de lo que acontece en el mundo en todos los casos semejantes. ¡Cuántos gobernadores y cuántas autoridades han entrado en las ciudades y pueblos aclamados y vitoreados por sus habitantes, y al poco tiempo, fuera por su mal gobierno, ó fuera por las veleidades de las gentes, han salido de noche y de prisa, sin que jamás nadie volviera á acordarse

de ellos! Esto le pasó á Sancho, aunque sin motivo alguno, pues habiendo regido los destinos de su ínsula como los propios ángeles, le pagaron muy mal, dejándole marchar solo, hambriento y lleno de pesares. Y es que así paga el diablo á quien bien le sirve.

Que Sancho gobernó á las mil maravillas su ínsula y que en cada pueblo y ciudad del mundo debiera existir un Sancho semejante y cuyas enseñanzas deberían grabarse en letras de oro, pruébalo la manera recta y sabia como se condujo en aquel lugar. Lo primero que le llamó la atención fueron unas palabras escritas en la sala de Audiencia, y como él no sabía leer, preguntó su significado, á lo que le respondieron:

“—Señor: allí está escrito y notado el día en que vuestra señoría tomó posesión de esta ínsula, y dice el epitafio: “Hoy, día tantos de tal”mes y de tal año, tomó la posesión desta ínsula el señor don Sancho Panza, que muchos”años la goce.”

Cualquier otro mentecato de los muchos que en el mundo han sido hubiérase inflado al oirse llamar señoría y don, pues no hay nada que tanto halague á la humana vanidad como un título, un cintajo ó una cruz, no para ser crucificado precisamente en ella, sino ella ser crucificada por él. Sancho, sin embargo, no se engríe ni se hincha por aquellos nombretes, con

lo que dió una gran lección á todos los gobernantes de la tierra en estas palabras:

“—Pues advertid, hermano—dijo Sancho—, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadidura de dones y donas; y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras.”

¡Oh, Sancho, humilde Sancho, sabio y discreto, que desmentiste por una vez aquel refrán: “Si quieres saber quién es Periquillo, dale un destinillo.” ¡Quién no admirará su celo en gobernar, su vigilancia y cuidado en que todo estuviera en orden y á cada cual se diera lo suyo, sus profundos conocimientos en la Moral y en el derecho público, cosas ignoradas por muchos que por letrados se tienen?

A este propósito recordaremos el hecho de la mujer que había sufrido daño en su honra, según ella decía; pero al contemplar Sancho que no soltaba ni á tres tirones el dinero entregado por el ofensor, la dijo:

“—Hermana mía; si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa le mostrárades (y aun la mitad menos) para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza.”

Y es que Sancho sabía que á la voluntad, es

decir, á los actos internos, no hay nadie en el mundo que pueda obligarles á hacer aquello que el individuo no quiere hacer, cosa que no se le alcanza á un ignorante como muchos, incluso don Quijote, tenían á Sancho.

De la misma manera resuelve el caso del mozo que no quería dormir en la cárcel, y como insistiera en el dicho y algún tanto lo aclarara, Sancho le respondió:

“—¿De modo que no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mía?”

¿Y qué diremos de aquel caso de derecho dudoso del que pensaba pasar por el puente cuando dijo “que, por el juramento que hacía, que iba á morir en aquella horca que allí estaba y no á otra cosa”, caso complicado, porque si le dejaban pasar libremente, mintió en su juramento, y por eso debía morir, y si le ahorcaban, él juró que iba á morir en aquella horca. Pidiéronle consejo á Sancho, y contestó en esta forma:

“—Venid acá, señor buen hombre; este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en

un fiel las razones de condenarle ó absolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal.”

¿Por ventura, al dar Sancho esta solución, no recordó y se apoyó en aquellos principios de derecho “en la duda, la libertad”; en la duda se ha de favorecer al reo, ó este otro principio cristiano, en igualdad de circunstancias: “Mejor es la caridad que la justicia”?

¡Oh, Sancho sabio, Sancho discreto, repetimos, y qué admirables lecciones diste á todos los gobernantes de la tierra! ¿Cómo le pagaron aquellas gentes, figura de otras muchas que andan por el mundo, sus aciertos, sus probidades, su vigilancia por el bien público, desterrando vicios, encarcelando pillos y truhanes, devolviendo la paz y la justicia á aquella ínsula perturbada por ellos? Los que ese libro hubieren leído lo recordarán; hambres por aquel doctor Pedro Recio de Agüera, natural de Miguelturra; bur-las y escarnios en aquella noche funesta, en que, embanastado como sardina arenque, paseáronse sobre sus costillas, so pretexto de rechazar los enemigos que imaginariamente habían asaltado la ínsula. Este es el pago que, por regla general, da el mundo al gobernante honrado, al que no transige con el cohecho, el chanchullo y la inmoralidad de su Patria. Este es el pago, en fin, que recibe hasta por sus mismos amigos y par-

tidarios, los que, entablando un verdadero contacto de codos con las concupiscencias de los malos, logran por este medio subir á las alturas: el desprecio, el abandono y la burla.

Mal de todos los siglos, de todos los días, precisamente porque el corazón humano siempre es el mismo, aunque ya debiera estar algo mejoradito, pues no en vano llevamos veinte siglos de progreso, si es que es una verdad que hemos adelantado algo en la moral, en la justicia y en el orden cristiano. Por eso Sancho retiróse de la ínsula asqueado de tanta farsa, de la misma manera que los hombres probos tendrán que retirarse al hogar donde residen sus amores y su quietud, llorando como Jeremías sobre la Patria, que se derrumba bajo el peso de tanta mentira.

¿Y cómo no había de marcharse de aquel pueblo ingrato, viendo la manera como le pagaron sus desvelos por el bien social de todos sus habitantes, suprimiendo los regatones de los bastimentos (ó intermediarios que ahora diríamos), moderando el precio del calzado, el salario de los criados é imponiendo penas gravísimas á la pornografía y cantos lascivos, creando un alguacil de pobres, no para que los persiguieran, sino “para averiguar si á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha”?

¡Oh, Sancho sabio, bueno y justo! ¡Quién tuviera virtud para resucitarte y mayor virtud aún para que no murieras y gobernaras la tierra! Instáronle algunos para que no abandonara el gobierno de la ínsula, y es que muchas veces los malos quieren estar á cubierto de los buenos, á lo que contestó:

“—Tarde piache; así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me quede en éste, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al Cielo sin alas.”

¿Quiénes fueron aquellos Duques que de manera tan cruel se burlaban de Sancho? Detrás de esos personajes ¿no habrá algún misterio? ¿No querría vengarse en ellos Cervantes con su humorismo soberano de algún noble y tacaño, miserable con él, como fué pródigo con otros de menos méritos, y, tal vez, de más escasos talentos?

Se ha dicho por un escritor que cuando el Conde de Lemos fué nombrado virrey de Nápoles se hallaba el que la posteridad designó con el más alto título de “Príncipe de los Ingenios españoles” metido en un enredo de familia, cuya mejor solución para él hubiera sido encontrar empleo fuera de España. ¿No es creíble que por no haberlo conseguido se quejara de él de una manera velada? O, por el

contrario, ¿querría recordar con el gobierno de la ínsula dada á Sancho la que él solicitó en 1590 del Consejo de Indias, el que se negó nombrarle Gobernador de Guatemala, significando con la acertada gestión de Sancho la que él habría desarrollado con su gran talento y probidad, criticando de paso la conducta de este Consejo por no haberle atendido en su petición? Y ya en el camino de las suposiciones: el doctor Pedro Recio, que privó á Sancho hasta de lo más necesario para vivir, ¿no recordaría á los hermanos Argensolas, que gozaban de mucho predicamento con Lemos, los que, tal vez envidiosos de Cervantes, impidieran la protección del mismo? Es claro que no podemos asegurarlo de una manera absoluta; pero creyendo como creemos que nada existe en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos, es muy verosímil que el gobierno de la ínsula, los Duques, etc., respondan á algún hecho real de su vida oculto en aquel pasaje del *Quijote*, tan admirable como todos los suyos. Algo parece indicar Cervantes, aunque muy embozadamente, en el célebre soneto que dedica á Sancho, cuando dice:

De ser Conde no estuvo en un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan á un borrico.

Sea de ello lo que fuere, concluiremos con aquellas palabras que el estudiante dirigió á Sancho :

“—Desta manera habían de salir de sus gobiernos todos los malos gobernantes, como sale este pecador del profundo abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca, á lo que yo creo.”

CAPITULO III

DE BROMA Y DE VERAS

No bien hubo llegado don Quijote y Sancho á la venta, acompañados del que conducía las armas para ventilar los del pueblo del rebuzno sus enemistades con otro vecino, díjoles el ventero que allí estaba maese Pedro, famoso por sus artes y travesuras, y como don Quijote preguntara quién era, díjole:

“—Este es un famoso titerero, que ha muchos días que anda por esta Mancha de Aragón, enseñando un retablo de la libertad de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto.”

Admirado quedó don Quijote, así como Sancho, de las habilidades de maese Pedro, y, preparado todo, “callaron *tirios* y *troyanos*; quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de

sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en plazo breve, y luego alzó la voz el muchacho y dijo:

”—Esta verdadera historia que aquí á vuestras mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza. Y vean vuestras mercedes allí cómo está jugando á las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma, con corona en la cabeza, y ceptro en las manos, es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir, etc...”

Resucitemos á don Quijote, aunque no sea más que con la imaginación (mayores atrevimientos han tenido otros), y, borrándole la idea del tiempo, trasladémosle á cualquier sa-

lón, teatro ó posada donde, con regocijo de grandes y pequeños, se exhibe una película de cinematógrafo, nuevo retablo de maese Pedro, y, encendida la lamparilla, hagamos que empiece la función y resuenen en sus oídos estas palabras no desconocidas por él:

“—Miren vuestas mercedes también cómo el Emperador vuelve las espaldas y deja despedido á don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana, y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso, enojado, no lo quiere aceptar; antes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto se entra á armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestas mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia y, puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso

que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que, callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca, se llega ya por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de su maleficio. Miren también cómo aquel grave moro, que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad, con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aquí dónde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros.”

Pero como don Quijote, aunque había perdido la noción del tiempo, no habíale acontecido lo mismo con su locura, al ver tanta morisma, damas y caballeros injustamente perseguidos, exclamó en alta voz:

“—¡No consentiré yo en mis días y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como don

Gaiferos. Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en batalla.”

¡Lástima grande que don Quijote no se levante de su sepulcro y con su invencible espada destroce todos esos retablos (1) que se exhiben al público en los que se persigue y maltrata á la moral, al arte y, muchas veces, á la historia, cortándole la cabeza á esos maese Pedros que comercian con la corrupción ajena.

Desearíamos que el día en que se celebrara el tercer Centenario de la muerte de Cervantes todos los *cines* de España representaran las escenas del retablo de maese Pedro y, si fuera posible, debía hacerse como allí se cuenta.

Si grande fué la sorpresa que causó á don Quijote el retablo de maese Pedro, con el fin desastroso que éste tuvo, estábale guardada otra mayor en casa de don Antonio Moreno, en Barcelona. Es el caso que habiendo comido todos y levantado los manteles, comunicóle don Antonio las maravillas que obraba la dicha cabeza, y como no tenía confianza en comunicar con nadie las virtudes y propiedades que ella encerraba por temor á ser perseguido por

(1) Retablo: retrato en tabla, ó compuesto ó agregado de figuras pintadas ó de bulto, que representan algún suceso.

nigromante, se lo hacía saber á él, bajo el más profundo secreto. Prometióselo así don Quijote, y con este salvoconducto "tomándole la mano don Antonio, se la pasó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenía, y luego dijo: "Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotilló, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí, en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oído le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos y, finalmente, la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy, que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que quiera preguntar; que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde."

Estamos en pleno sueño. Don Quijote, al contemplar la bellaquería que reina en la tierra, la virtud perseguida, la fuerza bruta entronizada sobre los escombros de la justicia y el derecho, vuelve á requerir la espada y vase por

esos mundos á enderezar entuertos, favorecer al caído y á realizar, en fin, obras que á todos han de llenar de admiración y espanto. En sus constantes correrías llega á Barcelona y se aloja en casa de don Antonio Moreno, donde, para divertirse con sus locuras, le ponderan la propiedad, la virtud de una cabeza ó aparato que habla, ríe y canta de una manera tan oculta y misteriosa, que más parece obra del diablo que de hombre. Dícenle además que él puede comunicar y depositar en ella todas sus aventuras, en la seguridad completa de que ese aparato se las referirá siempre que él quiera, es decir, los miércoles y los jueves, los sábados y domingos. Hácelo así don Quijote, y cuál no será su asombro al oír punto por punto repetir la aventura de los batanes, galeotes, etc., que momentos antes él allí había comunicado. Además, esa cabeza ó aparato canta sublimes melodías, representa escenas de *Rinconete* y *Cortadillo* y tales otras maravillas, que don Quijote, á fuer de buen cristiano, no atribuye á obra de Satanás.

Despertemos. La cabeza encantada que hablaba, respondía, y si hubiera querido cantar lo hubiera hecho, se ha convertido en el siglo xx en una cabeza ó aparato que lleva por nombre fonógrafo, cosa que, aunque de una manera muy rudimentaria, anunció Cervantes

con su genio estupendo y colosal. Si fuera verdad que don Quijote existiera, no le sorprendería mucho la nueva cabeza encantada de don Antonio, ó séase el fonógrafo (1).

(1) Creemos que así como el cinematógrafo podía representar los sucesos del retablo de maese Pedro, el fonógrafo, dentro de lo posible, debería referirlos.

CAPITULO IV

EL PUEBLO DEL REBUZNO

Según algunos doctores y sabios afamados, hay tres maneras de rebuznar: la una, propia; la otra, menos propia, y, por último, una que se toma en sentido latísimo.

La primera es peculiar del asno. La segunda, cuando se imita á éste, y la tercera, cuando uno dice uno ó muchos disparates, y en este caso se suele decir que rebuzna.

Las condiciones que debe reunir en las dos primeras acepciones son éstas: que el sonido sea alto; los sostenidos de la voz, á su tiempo y compás, y los dejos, muchos y apresurados. Si esas reglas se observan y practican, el que lo haga será un burro sonoro ó un buen imitador de tan rara y especial gracia. ¿Fué verdadera ó fué fingida la aventura del rebuzno de Sancho en aquel pueblo donde, por mostrar su competencia en el asunto, quedó tan malparado? Nosotros no nos atrevemos á dilucidar

cuestión tan importante, aunque la comentaremos de la manera más breve posible, para que el lector tome de ella lo que mejor le viniere á su deseo.

Cuéntase que yendo don Quijote de camino á una venta que no lejos se parecía (que como tal la tomó esta vez), encontróse con un viandante cargado de muchas y variadas armas, y deseoso de saber para qué las llevaba, por si en ello podía ejercer su andante caballería, con mucha cortesía le preguntó dónde iba y qué uso pensaba darles. Contestóle que no podía pararse, pero que en la venta próxima, donde pensaba detenerse, le contaría por sus puntos todo cuanto deseaba saber. Ya en ella, empezó á decirles :

“—Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que está á cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible. Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo:

“—Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido.

”—YO os las mando y buenas, compadre

—respondió el otro—; pero sepamos dónde ha parecido.

”—En el monte—respondió el hallador—; le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco, que era una compasión miralle.”

Y todos recordarán cómo, elogiándose el uno al otro su gracia en el rebuznar, se pusieron de acuerdo para, de este modo, encontrarle si era vivo, llevado sin duda de aquel aforismo: *Similia similibus curantur*; esto es, las cosas semejantes con otras semejantes se curan, y por eso se dirían: “Si nosotros rebuznamos de una manera tan propia, no tendrá más remedio que contestar el asno, ó dejaría de serlo.”

Hecho el concierto entre ambos, fuéronse al monte, y aunque se hartaron de rebuznar y aunque lo estuvieran haciendo hasta el día de hoy, no conseguirían su objeto, porque el burro estaba muerto.

¿Pudo haberse dado este caso en algún pueblo ó ciudad? Para nosotros es indudable, pues hemos visto más de una vez hombres que imitan tan á maravilla á los animales en sus rebuznos, alaridos, llantos, balidos, etc., que de ellos á un animal no había una paja de por medio, y la prueba nos la da Sancho cuando dice:

“—Yo me acuerdo, cuando muchacho, que

rebuznaba cada y cuando se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que, en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era envidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daban dos ardites, y por que se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que, una vez aprendida, nunca se olvida.”

Por este suceso, que nada tiene de inverosímil, quedaron los habitantes de aquel pueblo señalados por los demás circunvecinos con el mote del *pueblo del rebuzno*, y aquellas armas que vió don Quijote iban dirigidas al mismo para luchar con los de otro pueblo inmediato. Deseoso don Quijote, de suyo caritativo, y cumpliendo con su misión de enderezar entuertos y favorecer al caído, quiso poner en paz á aquellas gentes, y para disuadirles de tal lucha les dijo, entre otras muchas cosas:

“—Bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la Reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, bayenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más ó menos.”

¡Que éstas fueron las reliquias que nos que-

daron después de ocho siglos de titánica lucha con el agareno, el que unos pueblos pelearan como cristianos con otros que simulaban ser moros, así como en otros casos lo hacían por causas triviales de vecindad, conservando en nuestros días lo más arcaico de estas enemistades, las pedreas que se propinan los chicos de distintos barrios de ciudades y pueblos, con gran quebranto de la gente pacífica! De todo esto deducimos que, en sentido lato ó menos propio, bien pudieron rebuznar aquellos regidores, pues para el caso, tan en potencia propinqua está de hacerlo un regidor como un alcalde, un ministro como un gobernador, un barbero como un cura, cosa que nada hubiera tenido de particular si á nuestro buen Sancho Panza no le saliera la moza respondona con esa ciencia que para él era tan sencilla; pero habiéndole costado el molimiento de sus huesos, no le aconsejamos á nadie el aprendizaje, pues es fácil que, al tenerle aprendido, mal de su grado, le cueste la vida. Lo que nos extraña en aquella aventura es, no que en aquel pueblo rebuznaran, sino que Sancho, padre de los refranes, no se acordara de que “no se puede mentar la sogá en casa del ahorcado”, y es que al mejor cazador del mundo se le va la liebre; y por eso, á música de rebuznos, ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos?

Pero ya que se nos quiera negar la realidad de este hecho, ¿acaso no podrá tomarse en sentido latísimo? No cabe dudarlo, porque si al que pronuncia uno ó muchos disparates se le dice que rebuzna, bien pudieron hacerlo aquellos regidores, pues de este modo lo hace la mitad de la humanidad todos los días, y por la noche la otra media. ¡Que esta es una ciencia tan sencilla y tan frecuente en nuestros actos, que, como el nadar, una vez aprendida, nunca se olvida! Creemos, pues, firmemente que Cervantes, en ese célebre pasaje, se refirió, de una manera simbólica, á los dos puntos que nosotros hemos explicado.

“¿No podría indicarse, siquiera con probabilidad de acierto por alguna supervivencia, cuál fué el *pueblo del rebuzno*? Tras ello ando, creo que por buen camino.” Esto pregunta el señor Rodríguez Marín, gran cervantista y académico de la Lengua. Y nosotros contestamos: ¿Acaso existió Sancho Panza? Y no existiendo, ¿pudo rebuznar? Y no rebuznando, ¿pudo escuchar su música alegre ó melancólica pueblo ó ciudad alguna de la tierra? Pero dejemos esto para otro día, porque me parece que nos vamos contagiando...

CAPITULO V

DE LOS SALUDABLES CONSEJOS Y ADVERTENCIAS QUE SANCHE DIÓ Á DON QUIJOTE

Otra de las cosas que han corrido como muy cierta y valedera es la ignorancia y cortedad de entendimiento de Sancho, cosa que, á la verdad, no encontramos por parte alguna, pues aunque no tuviéramos más datos para demostrar lo contrario que su acertadísima gestión como gobernador de la ínsula Barataria, esto sólo probaría nuestro aserto.

No cabe duda alguna que don Quijote era el primero que como á tal le consideraba, puesto que él mismo nos dice “que solicitó á un labrador vecino suyo, hombre de bien, pero de muy poca sal en la mullera”. ¿Por ventura fué esto cierto? ¿Acaso Sancho, en toda su carrera escuderil, no demostró una inteligencia clara, una suspicacia increíble en su falta de cultura y una previsión no común para evitar á su amo todos los males que con sus inauditas locuras se aca-

reaba? ¿No fué el primero en aconsejarle que aquellos molinos de viento no eran desmesurados gigantes, consejo que si hubiera tenido en cuenta se evitara rodar por el suelo, así como su caballo? En otra ocasión quiso disuadirle de que aquellos frailes de San Benito y el coche que acompañaban no eran, como él suponía, una espantosa aventura, y como no lo creyó, salió peor librado que de aquella otra de los molinos de viento. Llega á la venta, y por más que don Quijote porfiaba que era castillo, le dice lo que realmente era, lo cual demuestra la sanidad de entendimiento de Sancho, lo mismo que su entereza al no acomodarse con los disparates de su amo.

No negamos, ni mucho menos dejamos de comprender, que, obsesionado por el deseo de ser conde ó gobernador de una ínsula ó suggestionado por la sabiduría de don Quijote, pasara por todas, aun viendo como veía de una manera clara la realidad de las cosas; pero de esto á considerarle como un mentecato, sin consejo ni discreción alguna, va mucha diferencia, y la prueba de ello está en que cuando don Quijote fué apedreado en la venta, Sancho le preguntó:

“—Señor, ¿si será esta dicha el moro encantado, que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero?

”—No puede ser el moro—respondió don

Quijote—, porque los encantados no se dejan ver de nadie.

”—Si no se dejan ver, déjanse sentir; si no, díganlo mis espaldas.”

Respuesta que no habrían dado, tal vez, los muchos que en aquellos tiempos creían en brujas y duendes.

No menos acertado y discreto estuvo cuando le dijo á don Quijote que aquellos ejércitos que él veía no eran sino grandes rebaños de carneros y ovejas, de tal modo, que á haberle creído, librárase de perder los dientes y muelas en semejante aventura.

Y no sólo era Sancho un hombre precavido y prudente en el aconsejar, sino que también tenía el valor necesario para decirle á su amo lo que sentía, de tal manera, que él y no otro fué el que le llamó el “Caballero de la Triste Figura”, y como le llamara la atención á don Quijote, le dijo:

“—Yo se lo diré; porque le he estado mirando á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto, y débelo de haber causado, ó ya el cansancio de este combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.”

¿Y cómo no llenarnos de admiración su graciosísimo ingenio (ya que otra cosa no pudo

conseguir) atando á Rocinante en la aventura de los batanes, y la no menos saladísima acción de descargar el peso que le abrumaba su vientre?

Que nuestro buen Sancho no comulgaba con mazos de batanes pruébalo cuando don Quijote quiso convencerle que aquella bacía era el yelmo de Mambrino, á lo que con toda energía le contestó:

“—Lo que veo y columbro no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mío, que trae sobre su cabeza una cosa que relumbra.” Pero don Quijote ni hacía caso de las juiciosas observaciones de Sancho ni escarmentaba con los descalabros sufridos, y por eso llegaron al último extremo sus locuras en la aventura de los galeotes.

Bien le dijo Sancho que aquella gente era forzada y no de buenas intenciones, por lo que no debía acometer aquella empresa; pero como no le hizo caso alguno pagó con creces su temeraria valentía. Con este desgraciado suceso parece como que don Quijote inclinábase ya á seguir sus consejos; mas Sancho, escarmentado y algo incrédulo, le dijo:

“—Así escarmentará vuestra merced como yo soy turco; pero, pues dice que si me hubiera creído se hubiera excusado este daño, créame ahora y se excusará otro mayor, porque le

hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedises.”

Pero donde raya á una altura grandísima el ingenio picaresco de Sancho es en todo el episodio de la carta que tenía que llevar á Dulcinea del Toboso, en las contestaciones que diera al Cura y al Barbero por no llevarla consigo y después en las respuestas que dió á don Quijote al ser preguntado por éste, ya de vuelta de Sierra Morena. No es posible encontrar personaje alguno en historia ó novela con más gracia en el decir, más intención al explicarse ni más acierto en la mentira, teniendo en cuenta que él sabía que Dulcinea era una pobre labradora “que tira tan bien una barra como el más forzado zagal del pueblo”. Si era tonto, si no tenía mucha sal en la mollera, á fe que sabía bien disimularlo. Que no lo era demuéstalo que no se le pasó por alto nada de lo que ocurrió en la venta, incluso lo de la reina Micomicona, de la que dijo que lo era tanto como su madre, y porque le advirtió el engaño á don Quijote enfurecióse éste en gran manera. Disfrazados Dorotea y Cardenio, el Cura y el Barbero para llevar á su casa á don Quijote, no dejó de conocer quiénes eran todas aquellas contrahechas figuras, y la prueba de ello está en estas palabras:

“—Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso es que así va encantado mi señor don Quijote como mi madre; él tiene su entero juicio; él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen”, dándole cuenta á don Quijote de todo lo que él había visto y barruntado. Y ¿quién ignora los bellísimos y contundentes argumentos que adujo á don Quijote para convencerle de que no iba encantado, cosas que por estar muy lejos de una mediana inteligencia nos abona para decir que el título de la obra escrita por Cervantes debió ser éste: *El ingenioso Sancho Panza y el loco don Quijote de la Mancha?*

Que Sancho conoció á todos los que se habían disfrazado pruébanlo estas palabras:

“—Ah, señor Cura, señor Cura! ¿Pensará vuestra merced que no le conozco y pensará que yo no calo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamientos? Pues sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes.”

Y como el Barbero le amenazara de ir á hacerle compañía á su amo en la jaula por ambicionar condados é ínsulas, le contestó, dando un alto ejemplo de probidad y desinterés en estas palabras:

“—Yo, aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie, y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula.”

En otra ocasión le advirtió el peligro que corría al acometer la aventura del barco encantado en estas palabras:

“—¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor?—dijo Sancho—. ¿No echa de ver que aquéllas son aceñas, que están en el río, donde se muele el trigo?”

De donde concluimos, por no enumerar todas las advertencias y consejos que Sancho dió á don Quijote, que si éste los hubiera seguido y practicado, no hubiéranse holgado con él malandrines y bellacos. Se nos podrá objetar cómo siendo Sancho tan discreto y prudente seguía á su amo en sus inauditas locuras. ¿Era interés, cariño ó sugestión? No lo sabemos; porque para que nosotros resolviéramos esa duda era preciso se nos demostrara el porqué el amigo sigue al amigo, el que lee una novela ó libro se identifique con él, por qué el soldado sigue á la bandera, etc... Y es que hay algo misterioso en las relaciones humanas que son incomprensibles aun en sus mismos extravíos.

Esto mismo se lo preguntó la Duquesa á Sancho, el cual contestó:

“—Yo conozco que dice verdad; que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado á mi amo; pero ésta fué mi suerte y mi malandanza. No puedo más, seguirle tengo. Somos de un mismo lugar, he comido su pan, soy agradecido, quiéreme bien, es generoso, dióme sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel; y así, es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón.”

CAPITULO VI

DEL TRATO INSOLENTÍSIMO QUE DON QUIJOTE DIÓ Á SANCHE, SU ESCUDERO

Veamos ahora cómo don Quijote, espejo de caballeridad, modelo de todas las virtudes, resignado en el sufrir, parco en el hablar, tardado en la ira, resignado en la adversidad, trató á su escudero, empleando con él frases duras y descompuestas, irascible, injuriador y, á las veces, insolente en el reprender sus defectos. Recordamos á este propósito el enojo que tomó cuando Sancho, convencido de que el ruido de los batanes no era, ni con mucho, lo que don Quijote sospechaba, echóse á reir, y de tal suerte se encolerizó, “que, al ver que hacía burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos tales, que, si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos”. Si de los palos pasamos á las palabras, veremos la manera como trataba á su escudero. Es el caso que, habiéndole dicho Sancho que la princesa

Micomicona no lo era más que su madre, le respondió:

“—Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España. Dime, ladrón vagabundo: ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llama Dorotea?”

En otra ocasión le volvió á repetir lo mismo sobre la dicha princesa, no dejándose engañar, y le contestó:

“—¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto, ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente! ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en las destas ínclitas señoras? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, armario de embustes, silo de bellacuerías, inventor de maldades, publicador de sandeces”, etc...

Que sobre Sancho cayeron los vocablos más atroces en aquellos tiempos pruébalo el que, como le dijera que jamás había visto á Dulcinea, le dijo:

“—Tú me harás desesperar, Sancho; ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida he visto á la sin par Dulcinea?”

Pero donde llegó don Quijote á lo inconcebible del lenguaje fué cuando Sancho le dijo

que le parecía de perlas que la hermosa Quiteria se casara con Basilio; le contestó:

“—¿Adónde vas á parar, Sancho, que seas maldito, que cuando empiezas á ensartar refranes y cuentos no te puede esperar el mismo Judas, que te lleve? Dime, animal: ¿qué sabes tú de clavos ni de rodajas ni de otra cosa ninguna?”

Tampoco le vemos muy mesurado y cortés cuando Sancho le dirigió aquellas alabanzas y encomios delante de las pastoras, puesto que le dijo:

“—¿Es posible, ¡oh Sancho!, que haya en todo el orbe alguna persona que no diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso?”

Recordamos que cuando Sancho estaba subido en Clavileño, para realizar aquella imaginaria volatería, y pidió á los circunstantes rezaran por él sendos *Paternosters* y sendas Avemarías, don Quijote le consoló de esta manera:

“—Ladrón, ¿estás puesto en la horca, por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, si no mienten las historias?”

En otra ocasión, como Sancho dijera muchos refranes, según su costumbre, le reprendió don Quijote en esta forma:

“—¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho! ¡Sesenta mil satanases te lleven á ti y á tus refranes! Una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento.”

Y como si toda esta ensarta de maldiciones no fuera bastante, con el mismo motivo le dijo don Quijote:

“—¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada!”

Recordamos también aquella ocasión en que Sancho protestaba en darse los azotes para el desencanto de Dulcinea, cuando don Quijote, todo airado, le dijo:

“—Tomaros he yo, don villano, harto de ajos, y amarraros he á un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones. Y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma.”

Y como si todo este florilegio no fuera bastante, lo completó con los hechos siguientes: El primero fué cuando Sancho le dijo que el

palacio de Dulcinea debía estar en alguna callejuela; á lo que respondió don Quijote:

“—¡Maldito seas de Dios, mentecato! ¿Adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén en callejuelas sin salida?”

El segundo tuvo lugar cuando, no satisfecho Sancho con las respuestas que daba la cabeza encantada en casa de don Antonio Moreno, le dijo:

“—Bestia, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se ha preguntado?”

Por eso no salimos de nuestro asombro cuando consideramos desde este punto de vista á don Quijote, modelo con los demás de paciencia y cortesía, de tal modo, que en sus palabras jamás envolvió la más pequeña ofensa para nadie. Y es que el hombre, por grande que sea ó se le suponga, no puede ser perfecto de manera alguna. Si á todas estas cosas agregamos las hambres, palos y manteamientos que sufrió Sancho en su carrera escuderil, nos llenará de admiración lo sufrido y resignado con su triste suerte, cosas en que nadie le igualará, teniendo en cuenta que nunca perdió la discreción, el talento y la dignidad. Decimos esto porque cuando Rodamanto dijo:

“—¡Ea, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros y sellad

el rostro de Sancho con veinticuatro mamonas y doce pellizcos y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora!”

Y como lo primero era una afrenta, todo cólerico contestó:

“—¡Voto á tal, así me deje yo sellar el rostro y mangsearme la cara como volverme moro!”

Mucho se ha fantaseado sobre lo que significa la palabra *mamona sellada*, y sobre lo que dice de ella el señor Rodríguez Marín en sus notables comentarios sobre el *Quijote* lo transcribiremos al pie de la letra, y después exponremos nuestra opinión:

“En el cap. XXVIII de esta segunda parte (VI, 201, 18) se habló de unas *mamonas selladas*, y en la nota ofrecí tratar de ellas al llegar á este lugar. “*Mamona*—dice Covarrubias—”vulgarmente se toma por una postura de los” cinco dedos de la mano en el rostro de otro, ”y por menosprecio solemos decir que le hizo la ”*mamona*.” *Hacer la mamona*, según Correas (*Vocabulario de refranes...* pág. 629 a), “dícese al que se hace befa ó molestia...” Más explícito que estos españoles estuvo un italiano, Franciosini, quien dijo en su *Vocabulario*: *Mamona è il porre la mano sopra il viso ad uno con tutte le cinque dita distese, il che si suol fare quando diciamo d' avergli fatto una burla per*

fargli venir la collera." Entre *mamona* y *mamola*, que han pasado más tarde por una cosa misma, había diferencia, según el dicho lexicógrafo, pues define la *mamola* por burla, *ci-lecca, cioè quel finger di voler dare una cosa ad uno porgendogliela, e poi ritirare a se la mano, e non gliela dare.* Así la *mamona* es burla, y la *mamola* es engaño, tal como el que hacen las madres á los niños de pecho, diciéndoles:

Mira qué pajarito sin cola...

¡ Mamola ! ¡ Mamola... !

Pero ¿qué serán *mamonas selladas*? Probablemente las que se hacían *disparando la ballestilla*, en frase del autor de *La pícara Justina*, es decir, dejando escapar con fuerza el índice de la mano derecha, sujeto hasta entonces por el de enmedio de la izquierda, para que dé en la nariz del *paciente*, en tanto que se le tienen puestos sobre la cara los otros cuatro dedos de la primera de las dichas manos. Algo muy parecido á esto entendió mi docto amigo el Sr. Puyol y Alonso al escribir sus interesantes notas para *La pícara Justina*, edición de los Bibliófilos Madrileños (1912), tomo III, página 187." (Tomo VIII, pág. 255.)

No es eso, ni muchísimo menos, á pesar de todas las investigaciones hechas, lo que Sancho dijo, más enterado de esas cosas que todos sus

comentadores. Llámase *mamona sellada* á la succión que una persona hace con la boca en el rostro de otra, de tal modo, que si es fuerte y algo continuada, produce una señal sanguinolenta, que á las veces tarda varios días en desaparecer. Y como esto es así, y no de otra manera, Sancho protestó de que le hicieran semejante operación, con la que quedara convertido en un verdadero *Ecce Homo* con veinticuatro señales. Por eso dice Sancho á continuación que no se dejaría manosear la cara, porque generalmente se ponen las manos en el rostro como punto de apoyo para realizar la acción que tanto le indignara. Tal vez en el arte de Monipodio (1) pudo el Sr. Rodríguez Marín tomar norte de lo que Sancho quiso decir al no dejarse *mamonar* la cara.

Esa palabra no consiste en poner los dedos de esta ó la otra manera, pues Sancho, bastante discreto, no iría á llamar por gusto sellar la cara cuando era más sencillo decir que no consentiría le pusieran los dedos en el rostro, tuvieran esta ó la otra figura.

De todos modos no se compadecen las saludables advertencias y consejos que dió Sancho á don Quijote con el trato insolentísimo que recibió de éste.

(1) Cierta clase de personas las designan con otra palabra impropia de este lugar.

CAPÍTULO VII

DE LA AVENTURA QUE CON MENOS ESFUERZO Y PELIGRO TERMINÓ DON QUIJOTE

Grandes é inauditas fueron las penalidades y sufrimientos del valeroso caballero don Quijote de la Mancha por llevar á cabo la empresa de resucitar la andante caballería favoreciendo al desvalido y socorriendo al menesteroso. Y tantas y tales fueron, que no se daban punto de reposo las desdichas que se acarreó, ya en la venta, donde fué maltratado por unos descortes arrieros; en los molinos de viento, atropellado y arrojado en tierra por aquellas desmesuradas aspas; ya por aquel feroz y valiente Vizcaíno, ya con los desalmados yangüeses, y, finalmente, con los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y Sancho pasaron en la venta y otros mil y mil episodios que pueden leerse y saborearse en su historia, siendo la aventura de los “Leones” la única que terminó sin esfuerzo ni peligro alguno, precisamente

porque fué un plagio consciente de un hecho real realizado por otro, por lo que demostraremos que nada hay nuevo debajo del sol. Leamos esta historia tal como la narra el padre Coloma en su novela *Jeromín* y confrontémosla después con ese capítulo del *Quijote*: “Refiere que habiendo conquistado Túnez (1) don Juan de Austria, ocurrióle en la Alcazaba el siguiente caso: Este Alcázar era muy espacioso y fuerte; tenía dentro de sus muros anchos patios claustrados, huertos, jardines y muy cómodas habitaciones, ricamente alhajadas con pavimentos y fuentes de mármol blanco. Eran estas habitaciones las del rey Muley Hamida, y allí se aposentó don Juan. Había en ellos una escalera de caracol que bajaba á un jardinillo muy fresco con callecitas de arrayán y preciosos arriates de flores y naranjos, limoneros, membrillos, granados; más allá estaban los baños y detrás de éstos la parte vieja y ruinosa de la Alcazaba. El día después de su llegada bajó don Juan á este jardín á la hora de siesta

(1) “Volvimos á Constantinopla, y al año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos y puesto en posesión dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo.”—*Historia del Cautivo*.

en busca de fresco; acompañábanle Gabrio Cervelloni, capitán general de Artillería, y Juan de Soto, y sentáronse en una especie de bancos de azulejos moriscos que á la sombra de unas espesas enredaderas había; el calor, la hora, el suave sosiego de aquel delicioso sitio y el rumor del agua que corría tornaron bien pronto la plática desmayada y quedáronse al fin en ese dulce embeleso que suele preceder al sueño. De repente saltó Cervelloni de su asiento, y echando mano á la daga, otro tanto hicieron don Juan y Soto... Veían que por una de las callecitas de arrayán se adelantaba pausadamente un enorme león de alborotada melena; parecía el animal extrañado á la vista de los tres personajes y se detuvo un momento, mirando como sorprendido, con una pata en alto; mas prosiguiendo mansamente su camino, llegóse á don Juan, que se había adelantado, y frotándose contra sus piernas como un perro, echóse humilde á sus pies. Apareció entonces por el lado de los baños un esclavo nubiano, y explicóles con pintoresca mímica que aquel hermoso animal era un león domesticado para solaz del rey Hamida y que vivía familiarmente con todos los habitantes de la Alcazaba. Acari-cióle entonces don Juan blandamente la melena, y tal corriente de simpatía se estableció desde aquel momento entre *el león de Austria* y el

león del desierto, que vino á ser éste el más fiel servidor de aquél, y así lo cuenta el gran caballero don Luis Zapata de Calatayud, que le alcanzó á ver muchas veces."

"Dióle don Juan su mismo nombre de Austria—dice el citado Zapata en sus *Misceláneas*—, que ni de día ni de noche nunca de su presencia se quitaba, como un fiel capitán de su guarda. Al negociar con todos en Nápoles, echado ante él le tenía, puesto el pie encima y como un lebrél la barba en tierra, y de contento con tal favor, coleando; estaba á su comer á la mesa y allí comía de lo que el señor don Juan le echaba, y comía asimismo cuando se lo mandaba dar, y en la galera el esquife de ella era su morada, y cuando iba á caballo iba á su estribo, como un lacayo, y cuando iba á pie, detrás, como un paje; ni había oficio en su Real casa que el manso y obediente león no representase hasta ser de día y de noche de los de su cámara, y tal vez si se enojaba con alguno que iba á arremeter con él para acometerle, á una voz del señor don Juan llamándole: "*Austria*, tate, pasa aquí", se ponía en paz y se iba á echar en su misma cama. Este hermoso y raro animal, partido el señor don Juan de Nápoles para Flandes, fueron tantos los gemidos y aullidos que dió de pesar, que puso á todos los de aquel reino gran maravilla y es-

panto, hasta que, de pura tristeza de la ausencia y pérdida de su amo, comiendo mucho y comiendo poco vino á acabarse." Este es el león que suele verse pintado en algunos retratos de don Juan de Austria, y el carácter jovial y caballeresco de éste le llevó entonces á firmarse humorísticamente en las cartas á sus dos íntimos amigos don Rodrigo de Mendoza y el Conde de Orgaz, *el caballero del león*; y en otra á Juan Andrea Doria, lamentándose de sus trabajos en Flandes, dice: "De la buena vida de Génova y su ribera no tiene el *caballero del león* un tan solo punto de envidia, tras que la suya es en mucho mayor extremo trabajosa que la *del caballero descansado* es cansada." ¿Quién duda que conociendo Cervantes este hecho histórico, puesto que tal vez sería uno de los libertados en Argel y cuya prisión refiere en la historia del cautivo, no le sirviera para escribir el famoso hecho de los leones? Vamos á recordarlo, aunque no sea más que brevemente:

"Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creía que llegaba en las garras de los leones; maldecía su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rucio para que se alejase del carro.

"Viendo, pues, el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á don Quijote lo que ya le había requerido é intimado, el cual respondió que lo oía y que no se curase de más intimaciones y requerimientos, que todo sería de poco fruto y que se diese prisa. En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pie que á caballo, y, en fin, se determinó de hacerla á pie, temiendo que Rocinante se espantaría con la vista de los leones; por esto saltó del caballo, arrojó la lanza y embrazó el escudo y, desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazón y luego á su señora Dulcinea.

"Habiendo visto ya el leonero puesto en postura á don Quijote y que no podía dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula, donde estaba, como se ha dicho, el león, el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula, donde venía echado, y tender la garra y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos

de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto á la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos. Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, después de haber mirado á una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en su jaula: viendo lo cual don Quijote mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera.

“—Eso no haré yo—respondió el leonero—, porque si yo le instigo, el primero á quien hará pedazos será á mí mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el león tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero, pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día; la grandeza de corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según á mí se me alcanza, está

obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña, y si el contrario no acude en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento.

”—Pues si acaso Su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle que el *Caballero de los leones*, que de aquí adelante quiero que en éste se trueque, cambie, vuelva y mute el que hasta aquí he tenido del *Caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querían ó cuando les venía á cuento.”

¡Válame Dios, y cómo un huevo se parece á otro, y cómo este suceso no difiere en nada del que antes hemos referido, sólo en que aquél fué real y verdadero, y éste, amañado y falso! ¿Puede dudarse por un momento que Cervantes tuvo presente al escribir ese capítulo del *Quijote* lo acaecido en la Alcazaba? Es indudable, y lo es porque copia todos los detalles y circunstancias de aquel hecho, y en él interviene el mismo número de personas y cosas. Veámoslo, para convencernos. En el suceso ocurrido en la Alcazaba encontrábanse don Juan de Austria, Cervelloni, Soto, el negro nubiano y el león. En el referido por Cervantes se encontraron don Quijote, Sancho, el *Caballero del Verde Gabán*, el leonero y el león. Los unos iban dirigidos al Rey, y el otro era del rey

Hamida, del que dijo el mismo Cervantes que *fué el moro más cruel y valiente que tuvo el mundo*. Don Juan llamóse *el caballero del león*, y don Quijote, *el caballero de los leones*, pequeña diferencia que de ninguna manera puede ocultar el plagio. Y si comparamos al león sometiénndose voluntariamente á aquel otro león de las batallas llamado don Juan de Austria con el pusilánime, aturdido y perezoso de don Quijote, veremos cuán hermoso es todo lo natural y cuánto se diferencia lo real de lo artificioso, dándonos todo esto pleno derecho para decir: *Nihil novum sub sole*.

CAPÍTULO VIII

REFRANES

Ya dijo don Quijote que los refranes, dichos á tiempo, son sentencias breves que sirven para aclarar el concepto de las cosas. ¿Es esto cierto, ó muchas veces los refranes son verdaderos disparates, que dicen lo contrario de lo que expresan? Tal ocurre con éste: “A mal tiempo buena cara”, pues no sabemos que voluntariamente y con gusto haya nadie que al mal tiempo, á mala fortuna, enfermedad ó desgracia, ponga buena cara. Tendrá que ver la que ponga el que en medio de una horrible borrasca vea pasar por encima de la embarcación olas como montañas, vomitadas por el mal tiempo, ó la que presente el sentenciado á muerte que ve acercarse el momento fatal que le aprieten el pescuezo. Ese refrán, dicho simplemente así, es un disparate, á menos que se tome en sentido muy cristiano, como, por

ejemplo: En las adversidades de la vida, resignación; en los reveses de fortuna, en la enfermedad ó desgracia, paciencia, y entonces es cuando al mal tiempo se le puede poner buena cara.

¿Y qué diremos de aquel otro: “Piensa mal y acertarás”? Pues recordamos un nuestro amigo que en su vida pensó bien de un tío suyo, rico y solterón, de que á su muerte le dejara dos pesetas, y todo su capital le cayó encima, como pudo caerle la torre de la iglesia. Además es herético y contrario á la moral, por lo menos, á aquel principio que enseña: “Juzga á los demás como tú quisieras te juzguen á ti.” “No pienses de otro mal, aunque éste lo realice, pues ni eres juez para juzgarle ni sabes lo que tú harías si te encontraras en sus mismas circunstancias.” Ningún pensamiento puede penetrar ni aun en la antesala de otro, y, por tanto, se piense como se piense, nunca puede acertarse.

“Si te dan con la *vaquilla* acude con la *soguilla*.” Tan al pie de la letra cumplía quien yo me sé este refrán, que no había convite, baile ó reunión que él no aceptara. Si le instaban á comer, en seguida sentábase á la mesa, repitiendo el consabido refrán, hasta que unos cuantos de buen humor le invitaron á cenar una noche, y como de antemano habíanle preparado unos

polvos misteriosos que echaron con no menos misterio en el café, fué tanta la descomposición de su vientre, que durante los muchos años que vivió no repitió más el refrán ni aceptó convite alguno. Por donde se ve que, empleado ese refrán al pie de la letra, puede engendrar muchos desaprensivos.

“Haz lo que tu amo te manda y siéntate con él á la mesa.” Ese refrán también es falso, y, sobre todo, peligroso, porque si el amo le manda dé doscientos azotes á su suegra, no sabemos con qué cara va á sentarse en ella, si la consabida parienta come en la misma casa. ¿Y si le manda mate al cacique, porque él no puede caciquear á su gusto? Por eso decimos que es falso y temerario, y si se quiere tomar en sentido de obediencia, respeto y sumisión, ¡buenos están los tiempos para traer á colación este refrán, con las huelgas, mítines y otras zarandajas con que todos los días revuelven al mundo amos y criados!

“El que á hierro mata á hierro muere”, que es, á nuestro sentir, un solemne disparate, pues, generalmente, los grandes héroes, por no llamarlos otra cosa, fueron los que más gente mataron con el hierro, muriendo ellos, en cambio, muy bonitamente en una cama de palo, para que, ni por asomo, les tocara el hierro. Si se entiende que el que comete un delito debe pagarlo,

que vaya y se lo cuente al Jurado, que tal vez le dará carta de sanidad.

“Cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca”, y puede suceder que cante porque quiera cantar, sin que por eso rabie ni deje de tener algunas monedicas en el bolsillo, que, aunque van disminuyendo por los encantadores presupuestos que todos los años nos largan nuestros eminentes hacendistas, á pesar de eso, todavía queda humor para que un español se cante en cualquier hemisferio cuatro malagueñas ó soleares.

“A Dios rogando y con el mazo dando.” Y se nos ocurre preguntar, para concluir: Y si no tiene brazos, ¿qué debe hacer?...

CAPITULO IX

DE LA EDAD DE HIERRO Y LA DORADA

Creer que el libro inmortal del *Quijote* puede quedar reducido, al cabo de tres siglos, á un simple comentario filológico, por notable y erudito que sea, es pensar en lo excusado. ¿Es que semejante libro, que ha llenado de asombro y admiración al mundo, y que, después del Evangelio, se ha comentado y leído más que todos los restantes, no encierra en sus páginas mares inexplorados de simbolismo y de realismo, de cuyas dos cosas tal vez dependa su celebridad y su gloria, y no en esos comentarios que bien pudieran hacerse igualmente en cualquiera de los literatos de nuestro siglo de oro?

¡Medrados estarían la fama y el renombre de Cervantes si al escribir su libro no hubiera encerrado sino algunos donaires de Sancho, muchas locuras de don Quijote y unas cuantas palabras que habían de entenderse ó explicarse de esta ó la otra manera! ¿Qué es lo que ha

pasado con ese libro que, á pesar de haber tenido muchos comentadores, ha quedado reducido á que el señor Rodríguez Marín, verbo de todos ellos, no salga del sentido gramatical del mismo sin adentrarse en las profundas verdades y grandes misterios que encierra ocultos bajo la corteza de aventuras graciosas y delectables, de la misma manera que el carbono oculta al diamante ó las aguas las riquezas encerradas en el mar? No lo sabemos. Lo cierto es que hasta la hora de ahora no existe ningún comentario teológico, moral y jurídico del *Quijote*, que de todas esas cosas contiene muy mucho, y por eso nosotros vamos á intentarlo, sin desconocer lo atrevido de la idea ni á las críticas y censuras á que nos exponemos, y como el desarrollo de esas ideas serán el objeto especial de un libro que llevará por título *Cervantes y el Evangelio*, comentaremos ahora el célebre y bellissimo párrafo en que don Quijote dice:

“—¡Dichosa edad (1) y siglos dichosos

(1) Ya Hesiodo había hecho una clasificación muy curiosa de épocas ó períodos de tiempos felices ó desgraciados que concuerdan en algún tanto con lo que dice don Quijote. He aquí sus palabras: “Del casamiento de la tierra con el Cielo nacieron los cíclopes, destinados á forjar los rayos de Júpiter; los titanes, empeñados inútilmente en destronarle; los gigantes, que, sin resultado, se propusieron igual objeto, á fin de

aquellos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*! Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas abejas, ofreciendo á cualquiera mano, sin interés alguno, la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo," etc...

¿A qué períodos de tiempo, mejor dicho, á qué períodos ó épocas se refieren esas palabras y las que después referiremos terminando el susodicho párrafo? Para nosotros, hacen men-

vengar la derrota de sus hermanos, hasta que, cansados los dioses de tantas discordias, enviaron sucesivamente á la Tierra la raza de oro, la de plata, la de cobre, la de los héroes y, por último, la de hierro, ó sea la de la desgracia de la humanidad, que no ha concluído todavía."

ción de una manera especial al estado de inocencia y justicia en el que fueron creados nuestros primeros padres, en el Paraíso, pues si hubieran permanecido en él, todas las cosas hubieran sido comunes, y sin trabajo alguno los árboles hubiéranles suministrado sabrosos frutos. Las rientes y cristalinas aguas, bebida deliciosa. Las discretas abejas, arroyos de miel. Los valientes alcornoques, corteza para construir sus casas. La paz, fruto de la inocencia, hubiera ceñido sus frentes con eternos laureles de amistad y concordia, y la tierra, sin el esfuerzo humano, todo lo que pudiera hartar y sustentar lo habría producido. Pero el hombre prevaricó, rompió la corona que Dios colocara en su frente y el cetro con que dominara todas las cosas, y apareció el *tuyo* y el *mío*, fruto del pecado, y rebelándose contra él todos los seres, nada pudo conseguir sin el sudor de su rostro, y entonces fué cuando apareció la edad de hierro. Pero ¿acaso estas otras palabras que vamos á comentar no podrán referirse á un período de tiempo escrito en los anales de la mente divina, en que reinen en la tierra la verdad, la justicia y el amor, es decir, el conjunto de todos los progresos humanos purificados por el soplo de Dios y como acercamiento de todas las cosas al centro de donde salieron al ser creadas por El? Para nosotros es induda-

ble, y lo es porque, si todos los siglos van dejando un sedimento de verdad, de justicia y de fraternidad humana, la suma de todos ellos dará un bienestar, una paz y un amor en la tierra totalmente distinto de todo cuanto ahora vemos, tocamos y sentimos, y tal vez en aquel tiempo tendrán cumplimiento estas palabras:

“¡Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra. Entonces se declaraban los *conceitos* amorosos del alma simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño y la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del *favor* y los del *interese*, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señoras, sin temer que la ajena desenvoltura y el lascivo intento las menoscabasen, y su pre-

servación nacía de su gusto y propia voluntad.” (1) Pero antes de llegar á esta época de paz y felicidad en la tierra los moradores de ella tendrán que sufrir las grandes hecatombes que el error y la injusticia de muchos siglos ha ido acumulando en ella, y cuando la venganza del Dios de Sinaí haya terminado con todos los que le persiguen y con todos los que quieren borrar su nombre, el Señor dirá á su pueblo: “He aquí, yo os enviaré trigo, vino y aceite, y seréis abastecidos de ello: y nunca más os daré en vituperio á las gentes. Y alejaré de vosotros á aquel que es del septentrión: y le arrojaré á tierra despoblada y yerma: su faz al mar del Oriente: y su extremo al mar

(1) Ya el profeta Miqueas habló de aquella edad venturosa en que las naciones “convertirán sus espadas en rejas de arados y sus lanzas en azadones; no empuñará espada gente contra gente, ni se ensañarán más para hacer guerra; y cada uno se sentará debajo de su vid y de su higuera y no habrá quien cause temor, pues así lo prometió, y así no puede faltar el Señor de los Ejércitos”. Miqueas, IV-III-IV.

También Blanco Belmonte dice, expresando la substancia de este texto:

“Y acabarán las luchas y cesarán las quejas,
y espadas y cañones se fundirán en rejas,
y de la nueva aurora á la fulgente luz
veréis á los soldados con gubias y cinceles,
con picos, azadones, escoplos y troqueles...
¡Con armas del trabajo, que es redención y cruz!”

más remoto. Y subirá su hedor, y subirá su corrupción, porque obró con soberbia: Y vosotros, hijos de Sión, gozaos y alegraos en el Señor, Dios vuestro, porque os dió el doctor de la justicia y hará descender á vosotros lluvia temprana y tardía, así como al principio. Y acaecerá en aquel día: destilarán los montes dulzura, y los collados manarán leche: y por todos los arroyos de Judá correrán aguas: y de la Casa del Señor saldrá una fuente y regará el arroyo de las espinas.” (1)

Y como Dios no se complace en destruir nada de cuanto creó, brillará en el cielo, en los mundos que pueblan el espacio, en los mares, en la tierra y todo cuanto en ella existe la plenitud de su Redención copiosa, es decir, la paz, la justicia y el amor, irradiando sobre ellos su Esencia divina, y entonces aparecerá de nuevo la edad de oro ó dorada. En los dos párrafos expuestos se marcan y señalan perfectamente dos épocas, á saber: la una, ya pasada, y otra que vendrá en la plenitud de los tiempos y que sólo es conocida por Dios. Y no es esto decir que esperemos, como los milenaristas, una era de paz y de dicha incompatible con este valle de lágrimas. Lo que sí se prometen muchos es un triunfo de la Iglesia y un reinado

(1) *Joel*, c. III.

social de Jesús, como parece desprenderse de las palabras de los dos Profetas citados, muy parecido al triunfo de la Santa Cruz en tiempo de Constantino, pero de una manera más perfecta, ó la importancia é influencia de la Iglesia, como en tiempos de las Cruzadas ó bajo el cetro de Felipe II, ya sea por mediación de un gran Pontífice, ó por un rey; pero todo esto, como hemos dicho, está reservado y oculto en los designios de Dios, sin que puedan hacerse más que simples conjeturas. De donde se deduce que Cervantes se anticipó con mucho á los que están formando la llamada *Literatura futurista*.

CAPITULO X

DON QUIJOTE Y SANCHO EN CASA DE LOS DUQUES

No sabemos por qué, sentimos una inclinación irresistible á seguir comentando el áureo libro del *Quijote*. Tal vez obedezca á la variedad de sucesos, personas y cosas que todos los días nos recuerdan las escenas de ese libro inmortal. ¿Qué significa y representa la aventura de la dueña Dolorida engañando á don Quijote en casa de los Duques con la historia que le contara de aquel feroz Malambruno, el que, cogiéndola por los cabellos, “hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercén la cabeza”, con todos los demás desaguizados que hizo con las dueñas que le acompañaban, barbándolas á todo su placer? Aquella escena representa y figura los antifaces que los hombres nos ponemos, con más frecuencia de lo debido, para engañar al mundo. El soberbio aparenta, cuando le conviene, una humildad que no posee; el lujurioso, una virtud que pi-

sotea y mancilla; el avaro habla de esplendides, que jamás ha reconocido; el sibarita recomienda y predica la sobriedad, y todos, cuál más ó cuál menos, nos disfrazamos en esta vida, con barbas y sin ellas, y no por la virtud de Malambruno, sino por nuestras propias pasiones. ¡Cuántos políticos, diplomáticos, oradores, filósofos, reyes, sacerdotes, obispos, vivieron con barbas que no tenían, es decir, con política, diplomacia, oratoria, filosofía, arte de gobernar y virtud! Por eso aquella aventura nos recuerda, no el reino de Candaya, sino la Farsalia, ó escenas de la vida que todos los días presenciemos en el mundo.

¿Qué diremos de la facilidad con que los Duques encontraron gentes que se disfrazaran para engañar y divertirse á costa de don Quijote? Esto nos prueba la pobre condición humana, pronta para lisonjear al poderoso, ya para tenerle propicio por las mercedes que espera recibir, ya para que persevere en las recibidas, pues no hay nada más favorable que el dinero para conseguir y tener satisfechos todos los apetitos y deseos, según lo confirmaba Sancho cuando decía: “Al que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija”, y “Haz lo que te manda tu amo y siéntate con él á la mesa.”

“Y luego la Dolorida y las demás dueñas

alzaron los antifaces con que cubiertas venían y descubrieron los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles albarrazadas; de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados don Quijote y Sancho y atónitos todos los presentes.”

Todo esto nos recuerda los elegantísimos bailes de trajes que suelen celebrarse en algunas suntuosas moradas, con tanta variedad de antifaces, que una representa María Antonietta, sin acordarse para nada que murió llena de afrenta, de lo que tal vez no esté muy lejos la disfrazada. Otra de María Stuard, heroína de la virtud y el sacrificio, que tal vez no conozca la que la representa. El otro de Napoleón, el que jamás ha luchado como no sea con el tenedor y la cuchara, y cuáles blancos y cuáles negros, todos van representando lo que no son y engañando á los que tampoco, si se lo propusieran, lo serían; verdaderas farsalias ó escenas de la vida que todos conocemos.

Continuaron las mentiras y burlas de las barbadadas dueñas con gran contentamiento de los Duques, diciéndole á don Quijote que había de montar en un caballo tan ligero como el viento, el que le llevaría á sostener singular batalla con el valeroso Malambruno. Creyóselo todo el desventurado caballero, y á su costa

holgáronse y rieron aquellas gentes, hasta que terminó la escena cuando *Clavileño* empezó á tronar como una noche de tormenta. Esto nos trae á las mentes de lo que es capaz la malicia humana cuando quiere divertirse á costa de cualquier infeliz, del que, en vez de compadecerle y evitarle burlas y afrentas, se le hace objeto de vituperio y chacota, sin que por eso se deje de tener en los labios palabras de conmiseración y lástima para el desgraciado, lo cual no deja de ser una farsalia que ocurre muy mucho en las escenas de la vida.

El único que no comulgó con ruedas de molino fué Sancho, el que, si buenas burlas le hacían á su amo, buenas verdades echaba por su boca; y es que entre la gran farsalia del mundo brillan siempre la *sindéresis* y el sentido común del que él era un intérprete admirable. Dijéronle que tenía que acompañar á su amo para dar feliz terminación á aquella terrible aventura, y contestó:

“—¡Pensar que tengo que subir en él ni en la silla ni en las ancas es pedir peras al olmo! Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio y sobre una albarda más blanda que la misma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tablas, sin cojín ni almohada alguna. ¡Pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie!”

¿Acaso diría esto Sancho porque no fuera caritativo de suyo? No; sino porque sabía que don Quijote era un loco rematado, y aunque le seguía por cariño, no se le pasaban por alto las burlas que de él hacían y no se dejaba tan fácilmente engañar como su amo, y la prueba está en que, cuando la Duquesa le preguntó qué había visto en su volatería, la dijo:

“—Por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por allí miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas; porque se vea ¡cuán altos debíamos ir entonces!...”

¿Conque tú, Duquesa, quieres que yo crea en toda la farsalia que se está realizando ante mi vista y no puedes creer todo cuanto yo he visto por esas altas regiones? Pues anda y chúpate ésa y ven por otra, que en la iglesia está el que repica, y donde las dan las toman, que todo no ha de ser mentira en este mundo, aunque éste se empeñe en que lo sea.

A ese tenor fué diciendo Sancho las cosas que había visto en aquellas alturas, de tal modo, que si no le van á la mano estaba resuelto á describir cuanto encerraran las esferas celestes, y todo con una tan grande seguridad en lo que afirmaba, que don Quijote vióse ten-

tado á apoyar sus mentiras en las muchas que Sancho refería, pues le dijo:

“—Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mí lo que vi en la cueva de Montesinos, y no os digo más...”

¡Cómo! ¿Es posible que el caballero sin tacha, el que por nada del mundo mentiría, el que tan cierto estaba de lo que viera en la dicha cueva (de Montesinos), necesitaba apoyar su testimonio en las mentiras de Sancho? ¿Era verdaderamente don Quijote un loco, llena su imaginación de grandezas caballerescas, ó un cuerdo que representaba en la comedia de la vida algo que no se es, algo que no se siente, como otros muchos que se adornan de cualidades que no poseen y quieren pasarlas por valederas? Decimos esto porque, si realmente creyó lo que en su historia contó al mundo, no necesitaba para nada de ese contacto de codos que establece con Sancho para que le crea, puesto que éste sabía de por sí que era mentira lo que había visto en aquellas alturas, y siéndolo, tenía, por ley inexorable de la lógica, que serlo también la creencia que demandaba de lo que él viera en la cueva de Montesinos. Esto nos recuerda aquel antiguo aforismo: *Scusatio non petita, accusatio manifesta*; es decir: el que se excusa sin preguntarle, en cierto

modo se acusa. ¡Que así anda de encubierta la verdad en la farsalia ó escenas de la vida!

¿Quiénes fueron aquellos Duques, que de manera tan cruel, continua y prolongada se burlaron de don Quijote? ¿Fueron personajes simbólicos ó fueron reales? Oigamos lo que dice á este propósito el señor Rodríguez Marín en sus notables comentarios filológicos sobre el *Quijote*:

“Harto sabía Cervantes cuál fuese el título de esta Duquesa, figura tomada de la realidad, así como la del Duque, su marido. A lo menos Pellicer, “combinando con su acostumbrada”erudición—como dice Clemencín—las circuns-
”tancias de lugar y de tiempo que se expresan
”en el *Quijote* con otras noticias históricas”, conjeturó plausiblemente que Cervantes hubiese designado en éste y los siguientes capítulos á don Carlos de Borja y doña María Luisa de Aragón, duques de Villahermosa, “y que el
”castillo ó quinta, teatro de tantas aventuras
”como allí acaecieron—sigue extractando Cle-
”mencín—, fué el palacio de Buenavía, que
”edificó el duque don Juan de Aragón, primo
”del Rey Católico, en las inmediaciones de la
”villa de Pedrola, residencia ordinaria de los
”señores de aquel estado”. pues nobleza obliga,
en 1905, año en que se celebró el tercer centenario de la publicación de la primera parte del

Quijote, la excelentísima señora doña María del Carmen Aragón Azlor, duquesa de Villahermosa, cumplió como quien era, así con el ilustre abolengo de su egregia casa como en la memoria de Cervantes, celebrando en Pedrola suntuosas fiestas, haciendo acuñar tres lindas medallas conmemorativas, y, en fin, costeando la impresión del hermoso *Album Cervantino Aragonés* (Madrid, Viuda é Hijos de Tello, 1905), en que lucieron á maravilla la proverbial esplendidez de la Duquesa y el depurado gusto artístico de su muy docto bibliotecario don José Ramón Mélida. A la bondad del señor Duque de Luna, sobrino y heredero de la duquesa doña María del Carmen, he debido recientemente la donación de sendos ejemplares del dicho *Album*, de las tres medallas conmemorativas y de las demás admirables publicaciones costeadas por esta casa. Si por la invención cervantina unos Duques bromearon largamente con don Quijote, y le quedaron á deber algo por aquellas burlas, con harta liberalidad han pagado la *ilusoria* deuda los Duques sus descendientes, tan respetuosos para la memoria de Cervantes como solícitos auxilia-dores de cuantos la enaltecemos.”

Si, pues, fué invención de Cervantes, mal pudieron bromear los Duques con don Quijote ni contraer deuda alguna, ni mucho menos pa-

garle á sus descendientes, pues no sabemos que las deudas ilusorias las deba ni las cobre nadie en el mundo. Si esos Duques fueron reales, ¡qué diferencia de conducta la suya con la observada por el *Caballero del Verde Gabán*, en cuya casa encontraron don Quijote y Sancho tranquila hospitalidad, exquisita cortesía, ameno trato é ilustradísimas y amenas conversaciones! ¡Qué diferencia de conducta la suya con la observada por don Antonio Moreno y su señora, en Barcelona, donde, aunque de él se burlaron, fué siempre dentro de los límites del más honesto pasatiempo y de una bien entendida caridad cristiana, de la que los Duques estuvieron bien apartados con sus crueles, continuas y prolongadas burlas, tan impropias de corazones hidalgos, que, aunque su existencia fuera real, valdría muy mucho no acordarse de ella por ser una ofensa hecha á la Nobleza española, espejo en todos los tiempos de cortesanía, caballerosidad y nobles sentimientos!

Veamos lo que dice con este motivo *Azorín*:

“La segunda parte del *Quijote* sugiere multitud de reflexiones; sobre todo, los capítulos en que figuran los Duques que aposentaron en su palacio á don Quijote y Sancho. No se concibe cómo personas discretas y cultas pueden recibir gusto y contento en someter á un caballero como Alonso Quijano á las más estú-

pidas y angustiosas burlas. (Recuérdese la aventura de los gatos, "el espanto cencerril y gatu-no.") Una temporada están don Quijote y Sancho en casa de los Duques; se divierten éstos á su talante con ellos; son expuestos, caballero y escudero, á la mofa de toda la grey lacayuna; con la más exquisita corrección se conduce y produce Alonso Quijano. Y luego los tales Duques dejan marchar, como si no hubiera pasado nada, al sin par caballero y al simpático edecán. Ya que se divirtieron los Duques, ¿no había medio de demostrar su gratitud de una manera positiva y definitiva? A esos señores debía de constarles que don Quijote era un pobre hidalgo de aldea, al que debían ayudarle en algo para aliviar su situación más ó menos sólidamente. Pero dejan marchar á don Quijote, y hacen todavía más: como si las estólicas burlas pasadas no fueran bastantes, todavía se ingenian para traerle á su castillo, cuando el caballero va de retirada á su aldea, para darle una postrera y pesada broma."

Hemos dicho que *ahora* notamos esta estúpida crueldad de los Duques; mas ya á últimos del siglo XIX, cuando don Vicente de los Ríos compuso su *Análisis del "Quijote"*, escribía que "esas chanzas de los Duques con Alonso Quijano suponían un olvido de la caridad cristiana y de la humanidad misma". No. Esos

personajes no fueron reales, sino un símbolo de cosas más profundas y misteriosas, de las que no es ésta la ocasión de hablar. Que Cervantes no se refirió á esos Duques, y si, por vanidades mal entendidas, se creyeron aludidos, ciertamente no salieron bien parados de su pluma, pues suyas son estas palabras, que puso en boca de doña Rodríguez:

“—En efecto; no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir; y aunque el Duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader y apenas quiere oirme; y es la causa que, como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere discontentar ni dar pesadumbre en ningún modo.”

Y estas otras, que hacen referencia á la Duquesa:

“—Con ese conjuro—respondió la dueña—no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la Duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que

en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va deramando salud donde pasa? Pues sepa vuestra merced que lo sepa agradecer, primero, á Dios, y luego, á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena.”

Y como nosotros no creemos que aquel Duque tuviera trampas y por ellas cometiera aquella bellaquería, primero con la hija de doña Rodríguez y después con la suplantación del lacayo Tosilos, ni que la Duquesa fuera una granja, mientras no se nos demuestre negamos en absoluto las aseveraciones de esos comentaristas.

CAPÍTULO XI

¿QUIÉN FUÉ DULCINEA DEL TOBOSO?

Difícil es contestar á esta pregunta. A pesar de esto, vamos á reunir y presentar todos los datos conocidos hasta el día para ver si es posible desentrañar de una vez y para siempre quién fuera ese personaje tan llevado y traído por espacio de tres siglos. Para conseguirlo procederemos de la manera siguiente: primero expondremos todo cuanto de ella dijo don Quijote en su honor y alabanza, los testimonios de Sancho Panza, lo que de ella pensaron y dijeron los Duques, con lo que don Quijote respondió, lo que hayan dicho de este asunto los comentaristas del *Quijote* y, por último, expondremos nuestra opinión, que, aunque no del valor y peso de las grandes ilustraciones

que de ese libro se han ocupado, sin embargo, creemos tener derecho á opinar como los demás mortales.

Convencido don Quijote de la gran falta que él hacía en el mundo, limpias las armas, puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérselo á sí mismo, y pensando que tal caballero no le convenía estar sin una dama de quien enamorarse, dióse en buscar una que en nada desdijese dél, y recordó “que en un lugar no cerca del suyo había una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos.”

Conocemos, pues, la naturaleza, el nombre y el oficio de Dulcinea del Toboso. Veamos ahora la descripción de las cualidades, virtudes y dones que adornaban á Dulcinea del Toboso, las que parecen estar copiadas del *Cantar de los Cantares*, libro que, como saben los lectores, lo aplica la Iglesia en muchos de sus pasajes á la Virgen María, y cuyo cotejo vamos á hacer, por si acaso ésta fuera la verdadera Señora que Cervantes soñara y no Dulcinea del Toboso, nombre simbólico de aquél:

“Su calidad ha de ser, por lo menos, de prin-

cesa, pues es reina y señora mía (1); su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas (2); que sus cabellos son oro (3); su frente, campos elíseos (4); sus cejas, arcos del cielo; sus ojos, soles (5); sus mejillas, rosas (6); sus labios, corales (7); perlas sus dientes (8); alabastro su cuello (9); mármol su pecho (10); su blancura, nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo

(1) "Introdújome el rey en su cámara."—*Cantar de los Cantares*, c. I y siguientes.

(2) "Oh, qué hermosa eres tú, amiga mía; oh, qué hermosa eres tú, como las tiendas de Cédar, como las pieles de Salomón."—*Idem* *íd.*

(3) "Sus cabellos como renuevos de palmas, negros como el cuervo."—*Idem* *íd.*

(4) "Hermosa eres, amiga mía, suave y graciosa como Jerusalem."—*Idem* *íd.*

(5) "Sus ojos como palomas sobre los arroyuelos de las aguas."—*Idem* *íd.*

(6) "Sus mejillas como eras de aromas plantados por los perfumeros."—*Idem* *íd.*

(7) "Sus labios lirios que destilan la mirra más pura."—*Idem* *íd.*

(8) "Tus dientes como hatos de ovejas, que subieron del lavadero."—*Idem* *íd.*

(9) "Tu cuello como la torre de David."—*Idem* *íd.*

(10) "Tus dos pechos como dos cervatillos de corza."—*Idem* *íd.*

la discreta consideración puede encarecerlas, y no compararlas" (1).

Virtudes, dones y preeminencias que no sabemos dónde pudo conocerlas y apreciarlas don Quijote, por grande que fuera su locura, porque él mismo confiesa que sus amores y los suyos "han sido siempre platónicos, sin extenderse á más de un honesto mirar, y aun esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad que en doce años que la quiero más que á la lumbré destes ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces; y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiere ella echado de ver la una que la miraba, tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado".

Virtudes, dones y preeminencias de las que parece burlarse bonitamente después de recordarnos el cuentecillo de aquella señora hermosa y rica que se enamoró de un idiota, la cual contestó:

"Para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe y más que Aristóteles. Así que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra."

(1) "Así son tus mejillas, sin lo que por de dentro está oculto."—Idem *id.*

Y como si fueran pocos todos los elogios que hemos mencionado dirigidos por don Quijote á Dulcinea, poniendo en duda los Duques su existencia, les contestó:

“—Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.”

No transcribiendo más elogios, ya porque son muy conocidos, ya porque pueden leerse en ese libro. Ahora volvemos á preguntar: La existencia de Dulcinea ¿fué real ó fantástica? Que fué esto último parece deducirse de las palabras que don Quijote dirigió á Sancho:

“Sí; que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, las Fíldas y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos, fueron verdaderamente da-

mas de carne y hueso y de aquellos que las celebran y celebraron? No, por cierto, sino que los más se las fingen por dar sujeto á sus ver-sos, y por que los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así, bástame á mí pensar y creer que la buena Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta, y lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo. Porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna la iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y píntola en mi imaginación como la deseo, así en la belleza como en la principalidad, y ni le llega Elena ni la alcanza Lucrecia ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas, griega, bárbara ó latina, y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los juiciosos.”

De las palabras transcritas parece deducirse que don Quijote, á semejanza de otros caballeros, soñó y pintó su dama á medida de sus

deseos; pero es el caso que la Duquesa le dijo “que tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso”.

A lo que contestó:

“—En eso hay mucho que decir—respondió don Quijote—; Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica, y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo.”

Con cuya respuesta quedamos sumidos en la más profunda incertidumbre de si fué real ó fantástica la existencia de Dulcinea del Toboso.

Veamos ahora si Sancho Panza, que no estaba loco y que discurría á las mil maravillas, puede darnos luz y norte de quién fuera esa dama y si en ella pueden encajar y aplicársele las cualidades, virtudes y dones que don Quijote atribuía á la suya.

Recordamos que habiéndole dicho don Quijote quién era Dulcinea, le contestó:

“—¡Ta, ta! ¿Que la hija de Lorenzo Corchuelo lo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo?”

“—Esa es—dijo don Quijote—, y es la que merece ser señora de todo el universo.

“—Bien la conozco—dijo Sancho—, puesto

que nunca la he visto; y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la zanca del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora! ¡Oh, qué rejoy que tiene y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea á llamar á unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre; y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa; porque tiene mucho de cortesana: con todo se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo yo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa que no diga que no hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el Diablo”, etc...

Socarrón y malicioso estuvo Sancho en el retrato, que dista tanto del que hizo don Quijote de Dulcinea como la tierra del Cielo, y, por consiguiente, tampoco podemos deducir de si era real ó fantástica, aunque sí podemos afirmar que de ninguna manera le convienen á ella las cualidades, virtudes y dones que don Quijote le atribuyó.

Hemos dicho que de ese párrafo no puede deducirse si la existencia de Dulcinea fué real ó fantástica y hemos dicho mal, porque es menester unirle con este otro que vamos á copiar, y nos convenceremos de cómo pensaba Sancho sobre este asunto cuando, en el Toboso, fué en busca de Dulcinea de parte de su amo:

“—Sepamos agora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No, por cierto. Pues ¿qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensáis hallar eso que decís, Sancho? ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos y da de comer al que ha sed y de beber al que ha hambre. Todo eso está bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día, por ventura? Ni yo ni mi amo la hemos visto jamás. ¿Y pareceos que fuera acertado y bien hecho que, si los del Toboso supiesen que estáis vos aquí con intención de ir á sonsacarles sus princesas y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano?”

En otra ocasión, y con motivo del casamiento que Sancho propuso á don Quijote con la princesa Micomicona, como aquél rehusara semejante cosa, le contestó:

“—Pues ¿cómo es posible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquésta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es, por dicha, más hermosa mi señora Dulcinea? No, por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir que no llega á su zapato de la que está delante.”

Grande fué el enojo que produjeron en don Quijote semejantes palabras, y Sancho, después de ser maltratado y queriendo enmendar el yerro cometido, le respondió:

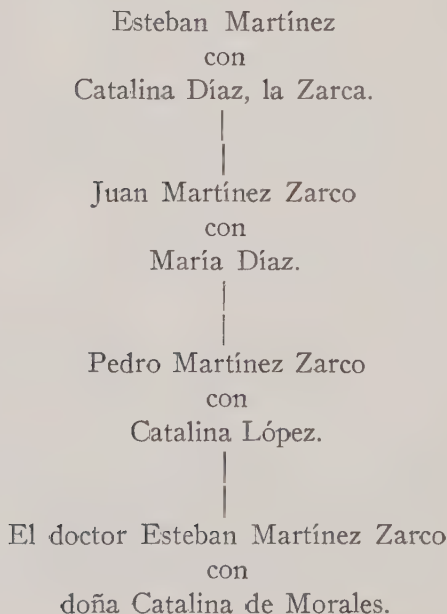
“—En lo de la hermosura no me entremeto; que, en verdad, si va á decirlo, que entrambas me parecen bien; puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea.”

Tenemos, pues, á Sancho negando en absoluto las cualidades, virtudes y dones que don Quijote atribuyó á Dulcinea, y, al mismo tiempo, desmiente la existencia real de la misma. ¿Es que este testimonio, lo mismo que el de los Duques, no son valederos? Pues entonces recurriremos á lo que sobre este asunto han dicho los comentaristas, á ver si ellos pueden

demostrarnos la existencia de Dulcinea, cuál fuera su linaje y si las cualidades, virtudes y gracias con que don Quijote la adorna convienen á ella y no á otra persona alguna de la tierra, y como entre todos, el que con más extensión se ha ocupado de este asunto es el señor Rodríguez Marín, copiaremos textualmente sus palabras:

“¿Había linajes hidalgos en el Toboso por el tiempo á que puede referirse la acción del *Quijote*? No, ciertamente. ¿Acudió Cervantes, en realidad de verdad, á persona alguna toboseña para trazar la figura de Dulcinea...? Pregunta es ésta á la cual sería arriesgado contestar de un modo categórico. Clemencín recordó que, por unas Relaciones topográficas que se conservan en la Biblioteca Escorialense, consta que á cierto interrogatorio hecho por orden de Felipe II en el año de 1576, los vecinos del Toboso respondieron que la mayor parte de la población era de moriscos, y que no había nobles, caballeros ni hidalgos. “Son todos labradores”—decían—, si no es el doctor Zarco de Morales, que goza de las libertades que gozan los hijosdalgo, por ser graduado en el Colegio de los Españoles, en Bolonia, en Italia.” A reserva de volver sobre este asunto otra ú otras veces, daré aquí un ligero apunte genealógico de la ascendencia de este doctor, con quien debió

de tener deudo muy cercano Dulcinea del Toboso, si por ventura esta dama no fué sola y enteramente hija de la imaginación de Cervantes. Hacia la mitad del siglo xv, Antonio Martínez, natural de Espinosa de los Monteros, se fué á vivir al lugar del Toboso, en donde casó con Catalina Panduro. Se hizo participación de sus bienes á 11 de Septiembre de 1468, entre los dos hijos que hubo de este matrimonio. He aquí la descendencia del hijo segundo:



"A 28 de Octubre de 1598 este doctor fundó mayorazgo en cabeza de su hijo Flaminio de Morales, quien en cierta declaración que prestó en 1623 afirmaba ser de sesenta años de edad. Entre las hermanas de Flaminio, si las tuvo, convendría buscar el original de Dulcinea."

Nosotros damos por cierto que hubiera en el Toboso linajes hidalgos por el tiempo á que se refiere la acción del *Quijote*; pero ¿sería de tan elevada alcurnia que la persona á quien se refiere don Quijote pudiera ser y llamarse como él la llamaba princesa y gran señora? Esto sí que no será capaz de afirmarlo nadie, por mucha que sea la locura que se le quiera atribuir á don Quijote. También admitimos que, por una feliz casualidad, se hubiera encontrado la partida de Dulcinea del Toboso. ¿Nos daría esto derecho para afirmar y creer que ésta era la soñada por don Quijote, cuando él le dice á los Duques "Dios sabe si hay Dulcinea, ó no, en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica"?

¿Es que esa partida iba á demostrar lo que don Quijote calló á pesar de las instancias de los Duques para que dijera la verdad? De manera alguna. Pero vamos á suponer más todavía, y es que en tal ó cual página de ese libro se dijera de una manera fuera de toda duda que Dulcinea era del Toboso y de alto y esclarecido linaje: en ese caso, ¿se le podrían aplicar todas

las palabras de ensalzamiento, perfecciones, cualidades y virtudes eminentes que don Quijote le aplica? Esto es, en buena lógica, de todo punto imposible; porque ni convienen ni son aplicables, no sólo á ella, sino á ninguna de las mujeres que nos legaron las Teogonías paganas ni á ninguna de las que nos dió á conocer el Antiguo Testamento, con ser muchas y notables, ni mucho menos á las conocidas por la historia profana, á menos de suponer que Cervantes fuera más loco que el protagonista de su obra, creando un personaje fuera de la realidad, que existe en el Cielo ó en la tierra, y si esto fuera así, misteriosos son todos los cultos antiguos, encerrados en la sombra de una pirámide ó en las tinieblas de una gruta; misteriosa es la esfinge egipcia con sus enigmas y la Dodona griega con sus símbolos; pero más misteriosa se nos presentaría con sus cualidades sobrehumanas Dulcinea del Toboso. La razón, que por boca de su primer filósofo, Platón, profanó la maternidad al establecer la comunidad de mujeres, pudo forjar á Isis dejándose seducir por Júpiter; pudo forjar á Vesta, cuyas sacerdotisas tenían la libertad de quebrantar su pureza; pudo forjar á Diana y á Hebe, que huía, pudorosa, de los dioses, y eligió por marido á Hércules, el más fornido de los héroes; pero forjar Cervantes, en pleno siglo XVI, siglo

de toda grandeza y espiritualidad, un ser ficticio, sin que respondiera á una realidad viviente y en la que estuvieran sintetizadas las bellezas, gracias y virtudes con que adornó á Dulcinea del Toboso, sería incomprensible y un profundo misterio, si no creyéramos, como creemos, que al idear ese ser tuvo ante su vista á otra Mujer más hermosa que Raquel, más prudente que Débora, más humilde que Abigaíl y más casta que Susana. Y es que Cervantes, teólogo profundo y exégeta admirable, siguió las huellas de otro Caballero (Jesucristo) que allá en las eternidades de su mente divina, limpia ya la armadura con la que había de vestirse, y, confirmándose á sí mismo, dióse en buscar señora de sus pensamientos, y dándola un nombre, que en nada desdijera del suyo, la llamó María (1), nombre músico y peregrino.

Es claro que Cervantes, conociendo ese nombre, sus dones, virtudes y gracias, no le costaría gran trabajo inventar á la que él llamó Dulcinea del Toboso.

“El Sr. Menéndez y Pelayo tiene por probable que Cervantes tomara el nombre Dulcinea, de Lofraso, en cuya obra, intitulada *Los*

(1) *María*, en siríaco, significa *señora*, nombre con que se designa á Dulcinea en muchos lugares del *Quijote*.

diez libros de la Fortuna de amor (libro VI), figuran un pastor llamado Dulcineo y una pastora nombrada Dulcina. (*Orígenes de la Novela*, tomo I, pág. CDXCV, nota.)”

Aquí el nombre no hace á la cosa, como dicen los franceses. Lo que es preciso demostrar es que las cualidades que Cervantes aplica á Dulcinea en toda su obra convienen ó no de una manera real y efectiva á la persona que él copiara, sea de Lofraso ó de cualquiera otra parte. Esto es lo esencial para poder llegar al conocimiento, aunque imperfecto, de ese personaje que de manera tan importante llena las páginas del *Quijote*. ¿Diremos que fué un ser ficticio, y, por consiguiente, que no puede acoplarse á realidad alguna? No; ya porque nada existe en la voluntad que antes no haya estado en el entendimiento, ya porque todos los comentaristas tienden á demostrar á qué clase de personas se refiere Cervantes en los que figuran en su obra.

Clemencín, comentando uno de los versos á *Urganda la Desconocida*, por donaire, moteja á Urganda de torpe y desalumbrada en esta profecía; y Hartzenbusch, siguiendo á don Cayetano A. de la Barrera en unas disquisiciones que sacó á luz en el tomo I de las obras completas de Cervantes, aventura la especie de que “la Dulcinea de esta décima quizá sería cierta

dama á quien dió Lope el nombre de Lucinda, que tiene, menos la *e*, todas las letras de Dulcinea". "Tengo esto por mera coincidencia casual, y no creo que aquí se aluda á Lope ni á su amada Micaela de Luján (Camila Lucinda)", responde el señor Rodríguez Marín, de cuyos comentarios están tomadas estas notas.

Tampoco podemos admitir tal supuesto, pues de manera alguna pueden aplicarse á la referida dama los dones, virtudes y gracias que en grado eminente atribuye á Dulcinea don Quijote de la Mancha. El mismo señor Rodríguez Marín, que antes nos había dicho "que entre las hermanas de Flaminio Morales, si las tuvo, podía encontrarse á Dulcinea", no está muy seguro de ello, y hasta duda de su existencia en estas palabras:

"Y en cuanto á Dulcinea, ó sea, idealidades aparte, la tosca lugareña Aldonza Lorenzo, la que, según sabemos por Sancho, tiraba tan bien una barra como el más forzado zagal, y no era nada melindrosa, porque tenía mucho de cortesana, y con todos se burlaba y de todo hacía mueca y donaire, por lo cual, con justo título podía don Quijote, "no ya hacer locuras" por ella, sino desesperarse y ahorcarse, pues "todos dirían que hizo harto bien, aunque le "llevase el diablo", en cuanto á Dulcinea—iba á decir—, ¿cómo no ha de tener segunda in-

tención el aparentemente trastrocado elogio de su doncellez? ¡A saber quién y cómo sería, en realidad de verdad, Dulcinea del Toboso, mirada sin la mágica lente de la generosa locura de don Quijote...! (1).

Don Miguel de Unamuno, en su libro *Vida de don Quijote y Sancho*, hablando de los amores de don Quijote con Dulcinea, dice: "Amó don Quijote á la Gloria, encarnada en mujer. Y la Gloria le corresponde."

Confesamos ingenuamente que no entendemos esta tan profunda teología, porque la Gloria, "conjunto de todos los bienes, sin mezcla de mal alguno", no puede encarnar en mujer, y mucho menos en una pobre y rústica labradora como era Dulcinea del Toboso. La Gloria encarna en Dios y Dios encarna en la Gloria, y los que la gozan no es por encarnación, sino por don gratuito del Altísimo.

Si por Gloria se entiende renombre y fama, tampoco puede encarnarse en Dulcinea, pues bastaba que se desprendiera de los hechos y hazañas de don Quijote para que ella fuera conocida y ensalzada de comarca en comarca, de siglo en siglo. De lo dicho tampoco puede deducirse quién fuera esa persona misteriosa, tan

(1) Tomo II, pág. 325, nota 12.

llevada y traída por todos por espacio de tres siglos.

¿Hubo linajes en el Toboso en el tiempo en que se escribió el *Quijote*, ó fué invención de Cervantes? Esta misma pregunta hace varios siglos que se la hizo el Duque á don Quijote en estas palabras:

“—Pero hame de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leído, de donde se infiere que, puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas ni con otras de este jaez, de quienes están llenas las historias que vuesa merced bien sabe.”

Don Quijote, saliéndose por la tangente, como vulgarmente se dice, no quiso contestar, tomando pie de ella para darnos esta admirable lección de moral:

“—A eso puedo decir—respondió don Quijote—que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso que un vicioso levantado; cuanto más que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar á ser reina de corona y ceptro; que el merecimiento

de una mujer hermosa y virtuosa á hacer mayores milagros se extiende, y, aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas.”

Por eso creemos firmemente que fué invención de Cervantes, confirmándonos en ello estas palabras :

“—Dulcinea no sabe leer ni escribir, y en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á más que un honesto mirar. Y aun esto, tan de cuando en cuando, que osaré jurar en verdad que en doce años que ha que la quiero más que á la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto cuatro veces ; y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese echado ella de ver la una que la miraba ; tal es el recato y encerramiento con que su padre Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado.”

Es claro como el agua, si el agua es clara, que, no habiéndola visto, tuvo que inventarla. Esto mismo lo confirma Sancho en aquellos admirables razonamientos que tuvo consigo mismo antes de emprender la busca de Dulcinea del Toboso en estas palabras :

“—Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéis-

la visto algún día, por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás" (1).

Por eso nos parece muy aventurado suponer, como supone el Sr. Rodríguez Marín, que "entre las hermanas de Flaminio Morales, si las tuvo, convendría buscar el original probable de Dulcinea". Y nos lo parece, en primer lugar, porque de una premisa incierta ó dudosa nunca puede deducirse una consecuencia cierta, y en segundo lugar, porque ¡buena cara habrá puesto don Quijote, al ver afirmado de una manera casi rotunda lo que él nunca quiso decir con claridad, de tal modo, que cuando Vivaldo insistió en conocer el linaje, prosapia y alcurnia de Dulcinea, don Quijote le contestó:

"—No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes, de Cataluña, ni menos de los Rebello y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis,

(1) Aquí dice Sancho que no había visto jamás á Dulcinea del Toboso, y en otro lugar, hablando con don Quijote, le había dicho estas palabras:

"—Bien la conozco."

A primera vista parece esto una gran contradicción por parte de Sancho, pero no lo es, porque la que él conocía era la hija de Aldonza Nogales, no conociendo, ni á cien leguas á la redonda, "á la princesa, al sol de la hermosura y á todo el cielo junto" que don Quijote le había mandado buscar en los reales palacios ó en los soberbios alcázares del Toboso.

Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón, Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castillo, Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos. Y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decía:

Nadie las mueva
Que estar no pueda con Roldán á prueba."

CAPÍTULO XII

¿QUIÉN FUÉ EL PRIMER AVIADOR?

Esta es una pregunta muy parecida á la que hizo Sancho Panza al primo del licenciado que acompañaba á don Quijote á la cueva de Montesinos cuando le preguntó: “—¿Quién fué el primer volteador del mundo?” Y como no supiera responder le dijo: “—Pues mire, señor, no tome trabajo en esto; que ahora he caído en la cuenta de lo que le preguntaba. Sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer, cuando le echaron ó arrojaron del Cielo, que vino volteando hasta los abismos.”

De los voladores, que no es lo mismo que volteador, son muchos los que se conocen en la historia. El primero que voló fué el que tuvo alas, pues aunque esto parezca una perogrullada, no lo es, precisamente porque para volar sin esfuerzo alguno se necesita de ese aditamento, y como el primero que las tuvo fué el pri-

mer ángel que saliera de las manos creadoras de Dios, de aquí resulta que el primero que voló fué un ángel. Después voló Elías, y los griegos, para imitarle, inventaron que Paquímedes subió al Cielo por su propia virtud. Más tarde lo hizo Simón Mago, en tiempos de Nerón y á presencia de una gran muchedumbre, y como á los Apóstoles no les gustara el vuelo, viró en falso, cayó y se rompió la cabeza.

Cervantes nos da noticia de un vuelo muy notable con estas palabras, que dijo á Sancho:

“—Acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos; y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón; y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer, del cuerpo de la luna, que le pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra, por no desvanecerse.”

Pero la aviación se distingue del voltear y el subir á las alturas por virtud diabólica, en que no cae el piloto de cabeza por su propia culpa y gusto, ni lo hace con fuerzas ajenas, sino por

leyes naturales y respondiendo á una necesidad de su espíritu, pues aunque el hombre muchas veces parece una bestia, tiene, sin embargo, en sí cosas de ángeles y, como ellos, se pone alas para subir por los aires.

Invento maravilloso y feliz por el que se acortarán las distancias, se comunicará con regiones desconocidas y el hombre aborrecerá la tierra, porque, dominando las alturas, se acercará á Dios y se hará más creyente al contemplar su pequeñez, comparada con la grandeza infinita del Supremo Hacedor de todas las cosas. Veo que el lector, cansado de estas filosofías, preguntará: “¿Quién fué el primer aviador, ya que esa paternidad se la han atribuído una infinidad de personas, empezando por los hermanes Mongolfier y terminando por el último que haya entregado su vida en aras de nuevos descubrimientos en esos arriesgados ejercicios?” Pues el primer aviador fué el mismísimo Sancho Panza, cuando subió en *Clavileño* (1), que hoy pudiera llamarse *Zeppelin I* ó *II*, para realizar aquella volatería al reino de Candaya, el que, siguiendo los mismos procedimientos que se emplean hasta la hora de ahora,

(1) La clavija, que, como todos sabemos, servía para darle dirección, no difiere mucho de la manivela que hoy se emplea en los aeroplanos y demás aparatos de esta índole.

cubrióse los ojos por encargo de don Quijote, cuando le dijo:

“—Tapaos, Sancho; subid, Sancho; que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fía.”

Hízolo así Sancho, y diciendo “á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardín tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos *Pater-nostres* y sendas *Avemarias*, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen.”

Cosa que tal vez no hagan muchos de los aviadores actuales y cuyo ejemplo no debieran olvidar, por si en ello les iba algo en cuenta y beneficio de su ánima. Una vez tapado Sancho para que las corrientes de aire y polvo no le molestara la vista y encomendado á las oraciones de los asistentes para terminar con éxito feliz el *raid* que iba á emprender, empezó á volar, con gran regocijo de todos los que á una voz exclamaban:

“—¡Dios te guíe, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! Ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta! ¡Ya comenzáis á suspender y

admirar á cuantos desde la tierra os están mirando.”

Que ése fué el mayor recorrido que hasta hoy se ha realizado, pruébanlo estas palabras:

“—Es el caso—respondió la Dolorida—, que desde aquí al reino de Candaya, si se va por tierra, hay cinco mil leguas, dos más ó menos; pero si se va por el aire y por línea recta, hay tres mil y doscientas y veinte y siete.”

¿Qué diferencia existe entre esta invención de Cervantes y lo que hoy contemplamos? ¿No fué predecir lo que había de acontecer, no con un caballo de madera, sino con aparatos inventados por el genio del hombre, que, no contento con perforar las montañas, encadenar el rayo, encerrar la palabra y transmitirla á todas las regiones del globo con la misma velocidad del pensamiento, tenía que llegar un día en que escrutara las alturas del espacio con vuelo más veloz y certero que el águila?

Que Sancho no voló por volar sino que en sus altanerías hizo profundos estudios, como puede hacerlos hoy el más afamado aviador, pruébalo la reseña que hizo á la Duquesa de cuanto había visto y examinado, y así le dijo:

“—Y sucedió que íbamos por parte donde están las siete cabrillas, y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las vi ¡me dió una gana

de entretenerme con ellas un rato...! Y si no lo cumpliera me parece que reventara. Vengo, pues, y tomo y ¿qué hago? Sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de *Clavileño* y me entretuve con las cabrillas."

Este apeamiento de Sancho se llamaría hoy *atterrizar*, y como don Quijote nada advirtiera de cuanto Sancho aseguró, quiso desmentirle, y éste entonces le dijo:

"—Ni miento, ni sueño; si no, pregúntenme las señas de las tales cabras y por ellas verán si digo verdad ó no...

"—Dígalas, pues, Sancho—, dijo la Duquesa.

"—Son—respondió Sancho—las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules y la una de mezcla.

"—Nueva manera de cabras es ésa—respondió el Duque—, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores; digo, cabras de tales colores.

"—Bien claro está eso—dijo Sancho—. Sí; que diferencia ha de haber de las cabras del Cielo á las del suelo.

"—Decidme, Sancho—preguntó el Duque—: ¿vistes allá, entre esas cabras, algún cabrón?

"—No, señor—respondió Sancho—; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna."

Y nosotros no pasamos de aquí, no sea que alguien diga estamos volando por las regiones de la tontería (1).

(1) Tenemos por cierto que, de no haber explotado Clavileño con aquellos cohetes (vulgo gasolina), Sancho estaría volando todavía.

CAPÍTULO XIII

DE LAS DISCRECIONES Y CREENCIAS DE SANCHO

Las discreciones de Sancho son tantas y de índole tan distinta, que abarcan desde el concepto más simple hasta lo más encumbrado del pensamiento humano. Las comentaremos brevemente, y así las podremos conocer tal y como las imaginó Cervantes, pues dispersas en su libro no pueden estudiarse como ellas merecen. La primera la encontramos cuando don Quijote le dijo que podría ser rey de cualquiera de los reinos que él conquistara, á lo que él respondió:

“—De esa manera, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Teresa, mi oíslo, vendría á ser reina, y mis hijos, infantes.

”—Pues ¿quién lo duda?—respondió don Quijote.

—Yo lo dudo—replicó Sancho Panza—; porque tengo para mí que, aunque lloviera Dios reinos sobre la Tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Teresa Cascajo. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.”

¿Puede darse mayor discreción y humildad en Sancho, poniendo en duda que los reinos se dieran con tanta facilidad como si fueran calabazas, según lo aseguraba don Quijote, ni él ni su esposa pudieran regirlos? Si aquel principio filosófico “Conócete á ti mismo” es uno de los más difíciles de llevar á cabo por el hombre, bien lo vemos puesto en práctica por Sancho, dándonos con ello una admirable lección de humildad que debemos poner en práctica en todos los actos de nuestra vida.

Esto no quita el deseo natural que todo hombre debe tener de elevarse y de aspirar á la consecución de todas aquellas cosas que puedan dignificarle y engrandecerle. Sancho habla de los deseos infundados de aquellas cosas que no nos pertenecen por razón de nuestra posición, inteligencia, estado, etc., pues de las que podemos conseguir por estos medios son convenientes y lícitas, teniendo en cuenta que de las cosas que podamos alcanzar por nuestro propio esfuerzo y que están en relación con nuestras aptitudes, debemos preferir

las que tengan una inmediata utilidad con preferencia á las remotas, según aquel antiguo refrán: “Más vale pájaro en mano que ciento volando”, doctrina que confirmó Sancho cuando, discutiendo con don Quijote, delante de los cabreros, si había ó no de sentarse con él á la mesa, le dijo:

“—Ansí que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y provecho; que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio desde aquí para el fin del mundo.”

Es claro que entre las cosas de utilidad inmediata encuéntranse aquellas que nos afectan á nosotros mismos, especialmente si se refieren á las funciones naturales de todo ser, y por eso Sancho, discreto y práctico en todo, cansado ya de los discursos que don Quijote dirigió á los cabreros, le dijo:

“—Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de pasar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el día no permite que pasen las noches cantando.

”—Ya te entiendo, Sancho—respondió don Quijote—, que bien se me trasluce que las vi-

sitas del saque piden más recompensa de sueño que de música.”

A todos nos sabe bien, ¡bendito sea Dios! Pero no son todos los que saben contenerse dentro de los límites de sus propias fuerzas y necesidades, y extralimitándose, ya por exceso ó defecto, acarréanse grandes males. Esto lo comprueba Sancho cuando aconsejó á su amo no se tomara con aquellos yangüeses, por ser más en número que ellos, y por eso le dijo:

“—¿Qué diablo de venganza hemos de tomar, si éstos son más de veinte y nosotros no somos más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio?”

Y como don Quijote no le hiciera caso, pagaron ambos su atrevimiento y locura; prueba evidente de que nadie debe ser valiente y temerario en aquellas cosas superiores á sus fuerzas y medios. Y si, por ventura, alguno no pudiera evitar el mal ó, causado éste por alguna circunstancia, deberá pedir perdón, ó si se lo causaren, no tomará venganza, como así se lo dijo Sancho á don Quijote cuando le aconsejaba castigase á los que le hicieran agravios, á lo que contestó:

“—Señor: yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar, así que séale á vuestra merced también

aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano en la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta, ora baja, rica ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptuar estado ni condición alguna.”

Virtud nobilísima, y cuanto más se practica tanto más nos acercamos á Dios, que, siéndolo, perdonó á sus enemigos. Es claro que nada tiene de extraño que, dada la limitación de nuestro entendimiento, abuse el hombre de sus propias fuerzas y se equivoque; pero de los escarmentados deben nacer los avisados, á menos que prefieran ser unos temerarios, en cuyo caso en el pecado llevarán la penitencia, no contándose en el número de éstos nuestro buen Sancho, pues le preguntó á don Quijote, por sí ó por no:

“—Señor: ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios, por su infinita misericordia, no nos socorre.”

Sancho hacía bien en cerciorarse de todas

estas cosas, pues como las valentías de su amo á cada momento le ponían en apurados trances, conveníale saber á qué carta quedarse en estos asuntos en los que tanto peligraba su tranquila y sosegada persona, aunque poco ó nada le valía. Es el caso que, apenas llegaron á la venta, trabóse aquella descomunal batalla, de la que Sancho salió malparado, y es que muchas veces en la vida los males se vienen sin buscarlos y las mayores desgracias sin provocarlas, como le aconteció á Sancho aquella noche y en aquella venta, donde, lleno de pesadumbre y despecho, dijo que todos los diablos habían andado con él, y como siempre se ha dicho: “Bien vengas, mal, si vienes solo”, le restaba sufrir aquel feroz manteamiento, que, unido á las andanzas de la noche pasada, le cayó como miel sobre hojuelas.

Viendo, pues, que de nada le valían los medios empleados para salir de los males que su malhadada carrera escuderil le acarreaban, quiso apartarse de su amo, recordando, seguramente, aquel aforismo: “Si un ciego conduce á otro, pronto dará con él en el hoyo”; y por estas razones le dijo:

“—Harto mejor haría yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida); hartó mejor haría yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi mujer y á mis

hijos, y sustentarlos y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuestra merced por caminos sin caminos y por sendas y carreteras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor.”

Pero, ¿qué hubiera sido entonces del mundo faltando tú, discretísimo en el discurrir, gracioso en el hablar, modelo de gobernantes, fidelísimo escudero y armario de sentencias llenas de sabiduría?

Pero donde rayan las discreciones de Sancho á gran altura, mejor dicho, sus grandes conocimientos teológicos, es cuando don Quijote le dice que era gran honra que una dama tuviera muchos caballeros andantes para servirle, por ser ella quien es, y sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos sino que ella se contente de aceptarlos y recibirlos, á lo que Sancho respondió:

“—Con esa manera de amor he oído yo predicar que se debe amar á Nuestro Señor, por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le quería amar y servir por lo que pudiese.”

¿No fué esto resumir en pocas palabras toda la doctrina del amor, no confundiendo el de benevolencia, que sólo atiende al bien del amado; el de amistad, que es amor de benevolencia mutua entre las personas amadas, y el de con-

cupiscencia, cuyo objeto primario es el bien del mismo que ama con aquel amor intensivo ó *appreciative summus*, que sólo es aplicable á Dios, sin que nos mueva para amarle esperanza de gloria ni temor de pena, según aquellas bellísimas palabras del poeta:

Aunque no hubiera Cielo, yo te amara;
aunque no hubiera Infierno, te temiera?

¿Cómo se compadecen esas discreciones y conocimientos con los disparates y trabucamientos en el lenguaje con que Cervantes nos presenta á Sancho, haciéndonos creer, por ejemplo, que la palabra gramática no la entendiera, haciéndole decir *grama* y *tica*? Por eso tiene muchísima razón el señor Rodríguez Marín cuando dice:

“Bien se alcanza que las palabras que Sancho oye ó aparenta oír mal y dice disparatadamente dieran y den todavía gran gusto al vulgo de los lectores; pero á los de paladar fino y delicado jamás debieron de hacer gracia. Son, como he dicho en otro lugar (página 402 de mi edición del *Rinconete*), chistes de baja ley; y si Cervantes no tuviese de sobra mejores méritos, poca ó ninguna fama habría ganado con el *Quijote* entre los que saben de buenas letras. Aun *descontando* (como dicen en estos prosaicos y burocráticos tiempos) la

ignorancia de Sancho, perpetuo prevaricador del buen lenguaje, no son de buen recibo, ni menos de buen gusto, trueques como el de *Ptolomeo* y *cosmógrafo*, por las otras palabras que Sancho dice. Gafo—bueno será recordarlo aquí—significa *leproso*, y fué voz tan injuriosa, que se tuvo por una de las llamadas *palabras mayores*.”

¿Y qué diremos de las profundas y arraigadísimas creencias de Sancho? A este propósito, nos acordamos de aquel pasaje que nos refiere Cervantes ocurrido entre don Quijote y Sancho, cuando éste le preguntó dónde estaban los Julios ó Agostos y demás caballeros hazañosos; á lo que respondió don Quijote:

“—Los gentiles, sin duda, están en los Infiernos; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el Purgatorio ó en el Cielo.”

Debemos advertir que Cervantes no estuvo todo lo exacto que debiera, pues no debió ignorar que los gentiles que guardaban la ley natural, aunque no fueran al Purgatorio ó al Cielo, tampoco podían ir á los Infiernos, pues es doctrina de Santo Tomás de Aquino que en esos casos Dios se valdrá de medios extraordinarios para que pudieran salvarse. Prosigamos. A las referidas palabras contestó Sancho si las tumbas de esos personajes tenían lámparas ó si sus paredes estaban adornadas con

muletas, mortajas, etc. A lo que contestó don Quijote:

“—Los sepulcros de los gentiles fueron, por la mayor parte, suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro, etc.

”—A eso voy—replicó Sancho—; y dígame ahora: ¿cuál es más, resucitar á un muerto ó matar á un gigante?”

Y de deducción en deducción, por una admirable gradación de premisas, saca en consecuencia que era mejor “que nos demos á ser santos y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos”.

¿Puede darse aspiración más noble? y, al mismo tiempo, ¿no indica esto cuál fuera el espíritu cristiano de Sancho?

En otra ocasión le dijo al Duque:

“—Después que bajé del Cielo, y después que desde su alta cumbre miré la Tierra, y la vi tan pequeña, se templó, en parte, en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque, ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que, á mi parecer, no había más en toda la Tierra? Si vuestra señoría

fuese servido de darme una tantica parte del Cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.”

¿Por ventura no fué ésta la aspiración constante de todos los santos y por cuya adquisición se han realizado en el mundo los mayores heroísmos y las más hermosas virtudes, las que, embalsamando la tierra, poblaron el Cielo de mártires, vírgenes, confesores y de millones y millones de almas? ¿Cómo no hemos de llenarnos de admiración al ver que Sancho, despreciando las cosas del mundo, le pide al Duque le dé una tantica parte del Cielo, objeto predilecto de todos los santos y predestinados? Que Sancho prefería la tranquilidad de su conciencia y la salvación de su alma á todo aquello que pudiera mancharla ó entorpecer la consecución de su último fin, con lo que demuestra cuáles eran sus creencias, pruébanlo estas palabras, que dijo á la Duquesa:

“—Y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios; y podría ser que el no dármele redundase en pro de mi conciencia; que magüerã tonto, se me entiende aquel refrán de “Por su mal le nacieron alas á la hormiga”; y aun podría ser que se fuese más aína Sancho escudero al Cielo, que no Sancho gobernador.”

¿De dónde, pues, sacaron las gentes ese *pancismo* para su uso particular, y que por espacio de tres siglos ha estado en los labios de todos siempre que se quería motejar á alguno de egoísta, utilitario y comodón? ¿Acaso Sancho fué algo de eso? ¿No vemos en las palabras transcritas, aparte de las ya mencionadas en los capítulos anteriores, un desprendimiento grande, un temor santo para no aceptar nada que pudiera menoscabar su conciencia, muy diferente de lo que vemos y se observa en el mundo? ¡Ah! Si todos los que de algún modo han intervenido en la vida pública de las naciones hubieran ajustado sus actos á la conducta de Sancho y á la escrupulosidad de su conciencia, ¡cuán otra sería la suerte de ellas de lo que ha sido y es en el presente momento histórico! Es cierto que lo que él representa es el ideal: el realismo de todos los tiempos, y especialmente del nuestro, consiste en vender la conciencia, no por un gobierno, sino por un plato de lentejas. Si Sancho viviera, ¡qué cosas no diría de tanta pequeñez, de tanta miseria y egoísmo como reina en todas las clases sociales! ¡Qué cosas no diría de tanto pigmeo como quiere aparecer grande, de tantos créditos comprados en el mercado de la adulación, de la intriga ó del bombo pagado ó devuelto! Pero, quédese esto

aquí, y hagan el favor las gentes de volver á estudiar á Sancho ahora que vamos á celebrar el tercer centenario de sus dichos y hechos, si no para imitarle, por lo menos que no sea para ofenderle.

CAPITULO XIV

REFRANES ANTIGUOS Y MENTIRAS MODERNAS

Entre los refranes, no sólo los hay que son verdaderos disparates, sino anticuados, crueles, necios y deficientes, en los tiempos actuales, por donde se verá que si Sancho viviera no podría decirlos con bastante exactitud. Sirva de ejemplo éste: “Allá van leyes do quieren reyes”; pues todos sabemos que los pocos que van quedando, así hacen leyes como yo calce-ta, y por eso creemos que este refrán debe modificarse en esta forma: “Allá van disposiciones do quieren cacicones.”

“La mujer honrada, en casa, y la pierna cortada.” ¿Puede darse mayor crueldad que á una mujer, por el mero hecho de ser honrada, se la castigue de una manera tan feroz? Ade-

más, si se le recluye en casa, ¿quién se iba á atrever á salir á la calle sin temor de no tropezar con todas las que tienen sus remos completos?

Este refrán, como vemos, es de los tiempos de Maricastaña, pues hoy las mujeres honradas, y para mí lo son todas mientras no se demuestre lo contrario, pueden ser maestras, telegrafistas, telefonistas, médicas, abogadas, dependientas, etc., y nada de esto podrían ejercer si se les cortara una pierna y se las recluyera en casa.

“Al hijo de tu vecino suénale los mocos y mételo en casa.” Cosa que no aconsejamos á nadie; en primer lugar, porque es abrogarse los derechos de la patria potestad, la que debe tener cuidado de que sus hijos salgan á la calle limpios como palmitos y, además, con sendos pañuelos, para que nunca asome por la nariz el extracto de sus sesos, que deben guardar para mejores ocasiones; y, en segundo lugar, porque en estos tiempos de microbios, la higiene es lo único que puede salvarnos. De donde se deduce que á un chico así nunca debe meterlo el vecino en su casa, aunque se lo pidan frailes descalzos.

“A falta de pan, buenas son tortas.” Este refrán es preciso lo inventaran los habitantes de Jauja, los que, á fuerza de hartura y con

los estómagos repletos de otras cosas que no fueran pan ó tortas, se contentarían con cualquiera bagatela; pero hoy ¡buenos están los tiempos para que nadie coma tortas, con pan ó sin él!

Que vayan y le digan al usurero que, en vez de prestar al 40 por 100, lo haga al 5; al rico, que dé lo que le sobra; al que se come por los pies á los demás, deje algo, y, á no dudarlo, lo mandarán á tomar el fresco á la puerta de una panadería; y es que desde los israelitas, que les pareció poca cosa el maná, hasta los que sueñan repartirse lo ajeno, nadie está contento con su suerte.

Una de las frases más pomposas, la panacea universal que ha de servir de regeneración y grandeza para todas las naciones, es, sin duda alguna, "la cultura". En el pediódico, la tribuna y el libro está tan de moda, que es el chinchín obligado para enardecer los corazones y alumbrar las inteligencias oscuras. Los profetas de semejante nueva nos dicen: ¿Queréis moralidad en la política, en la hacienda? Para conseguirlo no hay mejor cosa que la cultura, como si jamás los que la dirigen hubiesen aprendido las primeras letras. ¿Queréis que disminuya el crimen, el robo, la pornografía y las propagandas subversivas? En ese caso, cultura y más cultura, como si los gran-

des criminales, los excelsos ladrones y los engañadores de las masas no supieran escribir una carta.

Grecia fué cultísima, y todos sabemos cómo andaban las cosas por allá. Roma no le fué á la zaga, y nadie ignora cuáles fueron sus progresos en la Filosofía y la Moral. Por eso creemos que esa palabra sin aditamento alguno es una mentira moderna, compañera de esta otra: "Libertad".

Y por eso no se equivocó el que recomendaba á sus amigos cerrara la puerta al oír semejante palabra, y eso que entonces estaba en la infancia; ¿qué diría hoy, al verla crecida de talle, en estos tiempos, que, aunque parece no sabe á su casa, se mete en la ajena? Por eso creemos que ésta es otra mentira moderna, pues generalmente los que la pregonan es para oprimir á los demás, como hermana de esta otra: "Igualdad".

Que es otra mentira moderna lo prueba que todos aquellos que la predicán en las muchedumbres ignaras se dan tanta prisa por salir del estado en que se encuentran y corren tanto por elevarse sobre el nivel de sus adeptos, que, mientras éstos se quedan con la palabra en el cuerpo, ellos edifican hoteles, visten y viajan con elegancia y hasta gastan automóvil, dejando para los demás el consuelo de ser atro-

pellados por él si se descuidan, muy semejante á esta otra: "Fraternidad".

¡Que vayan y se lo pregunten á los turcos, griegos, servios, búlgaros y montenegrinos; y si por allí no pudieran darles razón de cómo las gasta esa señora en estos tiempos civilizados, que se den una vueltecita por Méjico, y allí verán cómo se aman las gentes! ¡Pobre fraternidad! ¿Quién creerá en ti?

CAPITULO XV

COINCIDENCIAS RARAS

Dice don Quijote “que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza dellas”; y como en ese libro hemos observado muchas coincidencias raras, que por serlo no se ajustan muy mucho á la verdad, queremos anotarlas, deseando, como deseamos, que este comentario ó estudio sea lo más completo posible.

Grandes y portentosas cosas ocurriéronle á don Quijote en Sierra Morena, y una muy principal fué la de aquel otro loco que, cual las cabras, trepaba por los cerros, salía por los caminos, primero á mendigar el sustento, después á arrebatárselo á los que lo llevaban, huyendo de las gentes y ocultándose en lo más espeso y retirado de los montes. Vióle don

Quijote, informóse de unos cabreros del género de vida que hacía y, por fin, logró la dicha de enterarse de sus cuitas y ofrecérsele para todo menester. Reunidos don Quijote y Sancho, el cabrero y el *Roto*, éste empezó á decir:

“—Mi nombre es Cardenio; mi patria, una ciudad de las mejores desta Andalucía; mi linaje, noble; mis padres, ricos; mi desventura, tanta, que la deben de haber llorado mis padres y sentido mi linaje sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del Cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo donde puso el amor toda la gloria que yo acertara á desearme; tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura y de más firmeza de lo que á mis honrados pensamientos se debía: á esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitía. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veían que cuando pasaran adelante no podían tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella tanto el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á ne-

garme la entrada en su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los poetas.”

¡Oh dichosos y felices tiempos, en que los despechados amantes se retiraban á las selvas á llorar sus dolorosas cuitas, á endechar amorosos versos, á cantar las dichas perdidas, la paz de sus hogares y sus legítimas esperanzas, y no estos tiempos tristes y menguados, en que los amantes quieren mandar en el corazón ajeno y conseguir amores no sentidos con la navaja y el revólver!

¡Oh tiempos felices aquellos en que, lo mismo doncellas que galanes, vagaban por los montes, llorando el amor no correspondido, como los pájaros alrededor del zagal que ha robado el nido al ruiseñor, al mirlo ó á la alondra!

Pero es el caso que apenas don Quijote y todo su acompañamiento se sentaron en aquella fuente, ya camino de la venta, cuando vieron á una linda y hermosa criatura, la que, sorprendida en aquel cristalino arroyo, lograron les contara su amorosa y triste historia en estas palabras:

“—Es, pues, el caso que, pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal que al de un monasterio quisiera compararse; sin ser vista, á mi parecer, de otra per-

sona alguna que de los criados de casa (porque los días que iba á misa era tan de mañana y tan acompañada de mi madre y de nuestras criadas, y yo tan cubierta y recatada que apenas veían mis ojos más tierra que aquella donde ponía los pies); con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad, por mejor decir, á quien los del lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de don Fernando, que es el nombre del hijo menor del Duque que os he contado.”

Es una coincidencia rara que á don Quijote le diera por hacer penitencia en Sierra Morena, y Cardenio, y mucho más raro que una recatada, temerosa y sencilla doncella se expusiera á los peligros que corrió, á sufrir las hambres y desnudeces que sintiera hasta llegar al extremo doloroso en que la vieron don Quijote, Sancho, el Cura y el Barbero.

“No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar, con tan grande alteración, que el Cura y el Barbero, que miraron en ello, temieron que le venía aquel accidente de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía; mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién era ella;

la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia", etc...

Es claro que sin esa coincidencia rara de encontrarse ambos en Sierra Morena, el historiador no podía haber enlazado una serie de sucesos que forman una buena parte de su libro, si no reales, por lo menos divertidos é ingeniosos. Dorotea y Cardenio diéronse á conocer, con todos los demás detalles que en el libro se cuentan; y puestos todos de acuerdo, determinaron la manera como habían de sacar á don Quijote de la sierra.

"Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó, de manera que una rica y gran señora parecía."

¡Bienhaya la andante caballería y la feliz hora en que don Quijote apareció en la sierra, pues trocó en un santiamén las penas de Dorotea y Cardenio en alegrías; sus inteligencias volviéronse lúcidas y claras; sus penalidades y sufrimientos, en regocijada algazara con don Quijote, Sancho, el Cura y el Barbero, preludio de otros más venturosos sucesos que habían de acontecerles en la venta, donde verían cumplidas sus amorosas esperanzas. Ya todos en ella vieron entrar á cuatro de á caballo, de

muy gentil talle, los que ayudaron á bajar de su sillón á una mujer, que, al sentarse en la silla, dió un profundo suspiro. Intrigóles á todos la tal comitiva, y el que más y el que menos deseaba conocer quiénes eran y por qué iban disfrazados. Pero Cardenio, más dichoso que los demás, oyó hablar á la recién llegada, y al oírla exclamó:

“—¡Válgame Dios! ¿Qué es esto que oigo? ¿Qué voz es ésta que ha llegado á mis oídos?”

Y ¡coincidencia rara!, porque la que había hablado no era otra sino la propia Luscinda, la prometida de Cardenio, que por las artes misteriosas de la andante caballería tuvo la suerte de encontrarse en aquel apartado lugar. Grande fué la sorpresa y la admiración de todos, y por eso “callaban todos y mirábanse todos: Dorotea, á don Fernando; don Fernando, á Cardenio; Cardenio, á Luscinda, y Luscinda, á Cardenio; mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera:

“—¡Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis! ¡Dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas ni vuestras dádivas! ¡Notad cómo el Cielo, por des-

usados y á nosotros por encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante, y bien sabéis, por bien costosas experiencias, que sólo la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria!...”

Pero no fué sola esa coincidencia rara de encontrarse Cardenio con Luscinda y Luscinda con Cardenio, sino que la errante por montes y barrancos, la princesa Micomicona y siempre Dorotea, conoció á don Fernando, raptor de la hermosa Luscinda; hincóse de rodillas ante él, y le dijo:

“—Yo soy aquella labradora humilde á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya; soy la que, encerrada en los límites de la honestidad, vivió vida contenta hasta que á las voces de tus importunidades y, al parecer, justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas y verte yo á ti de la manera que te veo.”

Confundido don Fernando con las razones de Dorotea, exclamó:

“—Venciste, hermosa Dorotea, venciste; porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas.”

Vean los lectores cómo resultó de una coincidencia rara el que Dorotea encontrase á don Fernando y Luscinda á Cardenio precisamente en aquella venta y no en otra parte, y que de allí salieran sin tropiezos, dolores ni amarguras, y vieran realizadas y cumplidas sus amorosas esperanzas; ¡que tales y tan desusados prodigios obraba don Quijote de la Mancha! Que éstas no fueron las únicas coincidencias raras que tuvieron lugar en aquella venta, de feliz recordación, pruébalo la historia del Cautivo, la que extractaremos cuanto nos sea posible.

Recordará el lector los consejos que diera aquel padre á sus cuatro hijos, entre los que se contaba el Cautivo, cuando les dijo:

“—Vosotros estáis ya en edad de tomar estado ó, á lo menos, de elegir ejercicio tal, que, cuando mayores, os honre y aproveche; y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna; y con la otra me quedará yo para vivir y sustentarme los días que el Cielo fuere servido de darme de vida; pero querría que, después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrán en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como

todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la lengua y discreta experiencia; y el que yo digo, dice: "Iglesia, ó mar, ó casa Real"; como si, más claramente, dijera: "Quien quisiere valer y ser rico, ó siga la Iglesia (1), ó navegue, ejercitando el arte de la mercancía, ó éntre á servir á los reyes en sus casas", porque dicen "Más vale migaja de rey que merced de señor", etc...

Contando estaba el Cautivo su historia á don Quijote y á todos los presentes, cuando entraron en la venta el Oidor y su hija, y al verles, "le dió saltos el corazón y barruntos de que aquél era su hermano; preguntó á uno de los criados que con él venían que cómo se llamaba y si sabía de qué tierra era. El criado respondió que se llamaba el licenciado Juan Pérez de Viedma, y que había oído decir que era de un lugar de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquél era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al Cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel Oidor era su hermano. Hábiale dicho

(1) Bien se conoce que Cervantes no escribe en estos tiempos.

también el criado cómo iba proveído por Oidor á las Indias, en la Audiencia de Méjico; supo también cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre, y que él había quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa.”

Puesto de acuerdo con el Cura y don Fernando de la manera como habían de darse á conocer los dos hermanos, y realizado todo á las mil maravillas, consiguieron, por una coincidencia rara, que las más de las veces no está en la mano del que la desea, pero sí en la del historiador ó novelista, de este modo verse después de muchos años de ausencia y mucho más su anciano padre cuando tuviera noticias ciertas de tan feliz encuentro, y “si las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della”, juzgue el lector lo que le parezca de las coincidencias raras que hemos anotado y déles el valor que tenga por conveniente.

CAPÍTULO XVI

RETAZOS

¡Cuán grandes y profundos son los contrastes que se observan en los hombres, aun en aquellos que han brillado en el mundo por su gran inteligencia! Esto lo vemos confirmado de una manera clara y terminante en el personaje que venimos comentando. Cuando don Quijote oyó de labios de Sansón Carrasco que su historia andaba en estampa, fué grande su contento y alegría, y, lleno de curiosidad, le preguntó:

“—Desa manera, ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso?”

—Es tan verdad, señor—dijo Sansón—, que tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalos Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se

me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.”

Es claro que para cualquier escritor no puede haber mayor gloria que ver sus libros ensalzados y sobre todo reimpresos muchas veces; pero lo que no se explica es que se indigne, proteste y clame hasta el fin de su vida contra el que se atrevió á juzgar y criticar su obra, porque esto revela, ó una gran dosis de soberbia ó, por lo menos, un corazón pobre y mezquino. Decimos esto á propósito de lo que Cervantes escribió en contra de Avellaneda ó quien fuera el autor del libro titulado *Segunda parte de don Quijote*. ¿Cómo se entendía la crítica literaria en aquellos tiempos para que así se revuelva Cervantes contra un escritor que con el mismo derecho que él escribió un libro, más bueno ó más malo? Por eso nos apena ver á Cervantes, inteligencia tan grande y privilegiada, decir á don Jerónimo:

“—En esto poco que he visto he hallado tres cosas en este autor dignas de reprehensión: La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos, y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza, mi escudero, se lla-

ma Mari Gutiérrez y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerre (1) en todas las demás de la historia."

No comprendemos de manera alguna la admiración y sorpresa de Cervantes, porque si Avellaneda quiso hacer un plagio ó cosa parecida de su obra, lo natural era que cambiara los nombres, pues de otro modo hubiera sido una copia de su libro, cosa que no le está permitida á nadie. ¡Corto pecadillo es ése para que un hombre tan excelso como Cervantes sacara á la vergüenza pública á un desgraciado escritor, que, por serlo, en el pecado llevaba la penitencia.

Otra de las inculpaciones que le hace es que llamaba á Sancho *comedor y simple*, sin recordar, como hemos demostrado, cuanto había dicho de él por boca de los personajes que forman su historia. ¿Son por ventura esos atrevimientos, esos pecados, causa suficiente para ofender tan sin caridad y respeto á un escritor, no desperdiciando ocasión alguna para zaherirle? Decimos esto, porque visitando en Barcelona una imprenta, preguntó por el título de un libro y le dijeron:

(1) Tres *yerra* en pocas palabras. Lo que demuestra el descuido con que escribía Cervantes.

—“Este se llama *La segunda parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.

”—Ya yo tengo noticia deste libro—dijo don Quijote—, y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martín se le llegará, como á cada puerco; que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables cuanto se llegan á la verdad ó la semejanza de ella, y las verdaderas, tanto son mejores cuanto son más verdaderas”; y diciendo esto, con muestras de algún despecho, se salió de la imprenta.

Pero donde llegó el rencor de Cervantes á un extremo incomprensible fué cuando Altisidora le refirió lo que había visto en el Infierno, pues uno de sus habitantes le respondió á su pregunta:

—“Esta es la *Segunda parte de la Historia de don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.

”—Quitádmele de ahí—respondió el otro diablo—, y metedle en los abismos del Infierno; no le vean más mis ojos.

”—¿Tan malo es?—respondió el otro.

”—Tan malo—replicó el primero—, que si

de propósito yo mismo me pusiera á hacerle peor, no acertara" (1).

¿Qué diríamos hoy si un escritor cualquiera, por el mero hecho de ser criticada su obra, se ensañara de este modo contra el que tal desaguisado cometiera?

Por eso dijimos antes que Cervantes revelaba, ó una gran soberbia, ó un espíritu apocado y estrecho. Y hasta tal punto llevó á cabo su ojeriza contra el falso autor del *Quijote*, que hasta la hora de su muerte, en ese momento en que por piedad cristiana y mandato expreso de la Iglesia, que manda perdonar los enemigos, no se olvidó del suyo, escribiendo para eterno recuerdo de los hombres estas palabras:

"Para mí solo nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever, á escribir con pluma de avestruz, grosera y mal adeliñada, las hazañas de mi valeroso caballero; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote", etc...

(1) Esto contradice lo que en otra ocasión había dicho don Quijote, que no había libro tan malo que no encerrara alguna cosa buena.

¿Correspondieron los pecados de Avellaneda, los insultos y diatribas expuestos en su libro, con ese rencor, odio y malquerencia que Cervantes le guardó durante su vida, prolongándolo, como lo hizo, hasta su muerte? No; porque, según el testimonio de don Quijote, su ofensa principal consistía en que lo presentaba desenamorado de Dulcinea, sin acordarse que en su mismo libro lo dijo él cuando, comentando aquella anécdota de la viuda rica y hermosa que se casó con un pelele, le dijo á Sancho:

“—Pues bien; para lo que yo quiero á Dulcinea, lo mismo da que sea princesa como labradora”; dicho despectivo impropio de un caballero y de un caballero perdidamente enamorado como él decía estarlo de Dulcinea. De ese pasaje pudo Avellaneda deducir, como en la hora de ahora puede hacerlo cualquiera que leyere ese libro, que don Quijote no amaba ya á Dulcinea con aquel amor grande, honesto y desinteresado que había dicho en otros muchos lugares de su historia. Y es que muchas veces ocurre que la excelsitud de la inteligencia no corre pareja con las bondades y dulzuras del corazón. Que Cervantes debió tenerle algo duro, no por propia inclinación y malicia, sino acibarado por tanto desengaño como sufriera, penas y amargas sentidas, humillaciones y desprecios recibidos, todas cuyas cosas tal vez

agriaran su carácter. De este modo es como únicamente puede explicarse la manera de tratar á Sancho como lo hemos visto en el capítulo titulado “Del trato insolentísimo que don Quijote dió á Sancho su escudero”. ¡A Sancho! ¡A su única, á su grande y hermosa creación! Porque ni don Quijote, con sus locuras incomprensibles; ni aquel Cura andariego, olvidado de sus feligreses y de la residencia que el Concilio de Trento no hacía mucho tiempo había impuesto á los párrocos; ni el Barbero, que dejó las barbas propias y ajenas para ponérselas postizas en Sierra Morena; ni aquellas dos discutibles doncellas, Dorotea y Luscinda; ni aquellos dos caballereses cursis, Cardenio y don Fernando; ni ninguno de los que andan esa historia, llegan ni con mucho á las calzas de Sancho, sabio con esa sabiduría sutil y socarrona del pueblo servicial y agradecido, honesto en el pensar, resignado con su suerte, fiel en sus promesas, justo en el repartir, desprendido y dádivo, conjunto, en fin, de todas las nobles, de todas las ideas levantadas que han adornado siempre al pueblo español.

¡Y á éste fué á quien Cervantes ultrajó, denigró y ha hecho y contribuído á que las gentes formen la idea tan disparatada y errónea como hasta lo de aquí se ha tenido de él!

¡Quién sabe si Cervantes destiló sobre San-

cho toda la bilis que encerraba su corazón, por no poderlo hacer contra otras gentes, contra una sociedad que no lo comprendió y sobre los que él no podía vengarse! Por eso creemos firmemente que si volviera á este mundo, al contemplar de nuevo la figura de Sancho, arrancaría de boca de don Quijote todos los dicterios que éste lanzara sobre la figura más grande y noble que aparece en obra escrita por la mano del hombre, y aun él mismo rectificaría conceptos que andan en su libro dándose de puñadas, como llamarle *prevaricador* del lenguaje, que así es verdad como yo soy turco, y para no mentir ni ser desmentido díganlo estas palabras:

“—No entiendo eso—replicó Sancho—: sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita el hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templá el ardor y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compren, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia.”

CAPÍTULO XVI

O C I O S L I T E R A R I O S

Discutiendo don Quijote con el Canónigo acerca de la verdad ó falsedad de los libros de caballería y del gran contento que recibía con las extraordinarias cosas que encerraban, para convencerle, le puso el ejemplo de aquel lago del cual salió una voz tristísima que decía: “Tú, caballero, quienquiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor; porque, si así no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete hadas que debajo desta negrura yacen.” Y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se

pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni se sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa.

“Allí le parece que el Cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécese á los ojos una apacible floresta de verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra, á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo

ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos; finalmente, él es de tan admirable compostura, que, con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación que hechura. ¿Y hay más que ver, después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos lo cuentan, sería nunca acabar; y tomar luego la que parecía principal de todas, por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablar palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que, por lo menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua, á manos, toda de ámbar y de olorosas flores destilada?

¿Qué el hacenle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir de todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados que no sabe el apetito á cuál deba de alargar la mano, á cuál no? ¿Qué oír la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adónde suena? Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla (quizá mondándose los dientes, como es costumbre), y entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquél, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero y admiran á los leyentes que van leyendo su historia."

Este pasaje nos recuerda la descripción (con pequeñas variantes) que nos hace el Corán refiriendo las felicidades y goces que disfrutarán en el Edén los hijos de Mahoma, pues allí encontrarán muchas y hermosas hurís, las que cada uno podrá tener ó repudiar á su gusto (1), habitarán en palacios (2), se sentarán

(1) Suras IV, 3, 28, 29, II, 229, 230.

(2) Sura XXIX, 58.

en magníficos sillones cuajados de oro y pedrerías (1), estarán puestos de codos y mirándose cara á cara (2), mientras circulan copas (3) y vasos como tinajas (4) con vino y licores exquisitos (5), sin que se sienta con esta bebida dolor de cabeza ni se perturbe el juicio (6). Cada uno de ellos tendrá dos jardines principales (7) con bosquecillos y manantiales de agua viva (8), con dos especies de cada una de las frutas (9). Otros dos jardines poseerá también, cubiertos de plantas en pleno verdor (10), asimismo con manantiales, y con plantíos de palmeras y granados (11). Descansarán allí puestos de codos sobre ricos tapices, cuyo forro mismo es de brocado (12), gozando de grandes y frescas sombras permanentes de árboles (13). Vestirán ropas ver-

(1) Suras XXXVI, 56; LVI, 15, 83, 25.

(2) Sura LVI, 16.

(3) Suras 47, 16, 38, 51.

(4) Sura LVI, 19.

(5) Sura LV, 46.

(6) Sura LV, 48, 50.

(7) Sura LV, 52.

(8) Sura LV, 62, 64.

(9) Sura LV, 66, 68.

(10) Sura LV, 76.

(11) Suras XIII, 35; LVI, 29.

(12) Sura XVIII, 30.

(13) Sura XXXV, 30.

des de seda fuerte y de raso (1), se adornarán con brazaletes de oro y perlas (2), dormirán en camas altas (3). Habrá frutas en abundancia (4), árbol de loto sin espinas (5), bananos cargados de fruto de abajo arriba (6), arroyos de miel (7), arroyos de leche que nunca se aceda (8), arroyos de vino que forman la delicia de los que lo beben (9), acequias de alcanfor (10), nunca se sentirá penuria de alimentos (11), servirásela la comida con carne regalada de aves (12), mañana y tarde (13), en escudillas de oro (14), etc...

Si non e vero... tenlo lector como ocios literarios de un escritor desocupado, que cree ver en el *Quijote*, no sólo cosas que hacen reír, sino también otras que hacen pensar y pensar muy hondo.

(1) Sura LVI, 33.

(2) Suras XLVII, 17; LVI, 31.

(3) Sura LVI, 27.

(4) Sura LVI, 28.

(5) Sura XLVII, 17.

(6) Sura XLVII, 16.

(7) Sura XLVII, 16.

(8) Sura LXXVI, 5, 6.

(9) Suras XXXVIII, 54; XIII, 35.

(10) Sura LVI, 21.

(11) Sura XIX, 63.

(12) Sura LXIII, 71.

(13) Cantú, *Historia Universal*, época IX, cap. III.

(14) Boronat, *Los moriscos españoles y su expulsión*, t. I, págs. 564 y 509. (Valencia 1901.)

CAPÍTULO XVII

¡¡CÓMO NOS CIVILIZAMOS!!

“Dime de qué hablas y te diré de qué careces.”

He aquí un refrán muy verdadero, y por eso el enfermo habla de la salud; el pobre, de las riquezas, y el vicioso, de la virtud. Por eso cuando nosotros oímos decir que en La Haya se establecía un Congreso para conseguir la paz del mundo, no titubeábamos en presagiar grandes y mortíferas guerras. Y no nos equivocábamos, teniendo en cuenta como teníamos el mencionado refrán, pues cuando el hombre posee una cosa, ni piensa en la contraria ni mucho menos la apetece.

¿Quién iba á creer que, establecido y funcionando ese nuevo templo de Jano, volvería á sonar en la tierra el estruendo del cañón, el batallar de inmensos ejércitos, ni á teñir el suelo la sangre y la vida de los hombres, tan ne-

cesaria para cultivar los campos, aumentar la industria, para que, hermanados por los lazos de la fraternidad y el amor, brillara en el mundo una era feliz de paz y ventura?

Y, sin embargo, no sucedió así, porque aún vagaban por las prensas de ambos hemisferios los melífluos discursos pronunciados en aquella magna Asamblea, cuando Rusia y el Japón fueron á la lucha con innumerables ejércitos, llevando el espanto, el luto y la desolación á todas partes como trofeos malditos de la guerra, por adquirir una porción de terreno más ó menos grande, que después tal vez no sepan cultivar ni administrar como es debido. ¿Veis cómo se habló de paz precisamente porque se presentía la guerra?

Y si entonces la triste experiencia nos hubiera enseñado á abominar de ella y sus apóstoles hubieran ido de nación en nación, de pueblo en pueblo, predicando el nuevo evangelio, tal vez tuviéramos hoy esa ventaja.

“Dime de qué hablas y te diré de qué careces”, y como sólo se hablaba de paz, vino la guerra, la más sangrienta, terrible é inhumana que han conocido los siglos, vergüenza y síntesis de todas las barbaries. En una palabra: vino la guerra de los Balkanes, y para que en este periódico quede para siempre una nota de sus inmensos horrores y podáis enseñar á

vuestros hijos los frutos de esta hecatombe, os daré un resumen, primero de sus bajas, después de su costo, y, por último, las infamias cometidas.

Veamos ahora cuánto ha costado el arrebatarse de la tierra á esos seres que hoy clamarán justicia ante el trono del Altísimo: Los datos son éstos:

Servia: población, 2.900.000 habitantes; ejército, 400.000 hombres; fuera de combate en la primera guerra, 30.000; en la segunda, 41.000; total: 71.000.

Servia: población, 2.900.000 habitantes; ejército, 300.000; pérdida en la primera guerra, 33.000; en la segunda, 35.000; total: 68.000.

Montenegro: población, 300.000 habitantes; ejército, 30.000 hombres; pérdidas en la primera guerra, 10.000; ídem en la segunda, 1.200; total: 11.200.

Bulgaria: población, 4.445.000 habitantes; ejército, 600.000 hombres; pérdidas en la primera guerra, 63.000; en la segunda, 83.000; total: 146.000.

Turquía: ejército, 800.000 hombres; fuera de combate en la primera guerra, 150.000; total 446.200 muertos y heridos.

Veamos ahora los gastos: *La Correspondencia de Oriente* publica el balance de lo que ha

costado la guerra turco-balcánica y también la breve y mortífera campaña de Bulgaria, Servia y Grecia.

La cifra es espantosa: 2.510 millones distribuidos en esta forma: Turquía, 900; Grecia, 400.500.000; Servia, 350; Rumanía, 350, y el resto, Bulgaria.

A estos 2.510 millones hay que sumar otro millar que importa la pérdida del material de guerra destrozado ó averiado y la adquisición de material nuevo.

Veamos ahora los horrores y las infamias cometidas por los turcos. Según noticias del Patriarcado ecuménico, unos voluntarios turcos invadieron en Febrero el pueblo de Ikonio, en el litoral del mar de Mármara, y mataron al sacerdote griego y á casi todos los hombres, de los cuales pocos escaparon. Las mujeres y los niños se refugiaron en un pueblo vecino, donde fueron amparados por las tropas regulares, y, por orden del Gobierno, dichos niños y mujeres fueron conducidos á Ismid.

El Embajador suplicó á los Embajadores que intervinieran cerca de la Puerta para que se pusiese término á esos actos de violencia y para que los griegos fueran conducidos á Constantinopla y entregados al Patriarcado. Según informes del mismo origen, parte de

los pueblos griegos del litoral del mar de Mármara habían sido reducidos á cenizas.

He aquí una relación sucinta escrita por Fabián Vidal, y es como sigue:

“¡Ha habido horrores en las tierras donde se peleaba y se pelea! Los corresponsales han visto por sus propios ojos doncellas con los senos cortados, madres con las entrañas abiertas, niños estrangulados en la cuna, prisioneros mutilados horriblemente, ancianos con las pupilas reventadas, poblaciones enteras encerradas en mezquitas y asfixiadas en masa.

”Que se sepa. Esas iniquidades sin nombre no son obra de los turcos. Las cometieron los montenegrinos, los griegos, los servios y, sobre todo, los búlgaros.” Esto el 27 de Octubre: los soldados de Hordatchett fusilaron á 5.120 musulmanes pacíficos de ambos sexos, y hubieran exterminado también á los ortodoxos á no ser por las súplicas del Metropolitano, y como la pluma se resiste á copiar tanta maldad, desistimos de hacerlo.

¿Qué fué lo que hicieron las grandes Potencias, ama seca que les ha salido á los pueblos pequeños para mejor explotarlos por la usura, y más tarde, si es preciso, por la fuerza, para que no llegaran á destruirse y aniquilarse esas naciones?

El dilema para las grandes Potencias era ó

imponerse á Turquía por la amenaza para que concediera reformas, ó imponerse por la fuerza á los Estados aliados. No harían lo primero, porque ni Alemania ni Austria querían coaligarse con las otras para tal objeto.

A Austria no le convenía, y en cuanto á Alemania, tampoco, por no malquistarse así con Austria-Hungría ni con el Imperio otomano. Lo segundo era lo más impracticable. Por evitar una lucha no iban á entrar en guerra los pueblos europeos, y conociendo los aliados balcánicos estas divergencias de criterio, ó, mejor dicho, estos egoísmos, movilizaron sus fuerzas resueltos á pelear sin ayuda de nadie.

¿Por qué esas Potencias, viendo que no podían ponerse de acuerdo, no recurrieron al Congreso de La Haya, sometiendo la cuestión á sus deliberaciones, y cuyo resultado podían haber impuesto hasta por la fuerza si era preciso, antes de consentir la lucha, ya que tan amantes se mostraban de la paz, por lo menos en las palabras y en la apariencia? Porque de aquí en adelante hay que tener en cuenta tres factores muy principales, que han de pesar muy mucho en las contiendas futuras: primero, la ganancia territorial y mejoras económicas que pueda conseguir la Potencia por la intervención, sin lo que nada hará; segundo, la influencia que pueden ejercer sobre los Go-

biernos las grandes empresas constructoras de armamentos, las que, unidas á los excelsos usureros de Europa, les conviene la lucha y el empobrecimiento del Erario público, y tercero, los manejos masónicos para adueñarse de la dirección de los Estados. Que las grandes Potencias prescindan de lo primero, es pedir lo imposible; que las grandes empresas constructoras y los no menos grandes usureros olviden sus negocios por salvar la vida del prójimo, es un delirio, y que la secta masónica deje de trastornar por todos los medios á su alcance las naciones, es un verdadero sueño, y por eso la paz está muy lejos de la tierra, porque si se han necesitado veinte siglos de progreso cristiano para llegar á la altura en que nos encontramos, ¿cuántos millones de siglos serán precisos para que se cumplan estas proféticas palabras del *Quijote*, en las que nos habla de aquella dichosa edad y siglos venturosos en que “la justicia se estaba en sus propios términos sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen? La ley del “encaje” aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado”.

O estas otras de Cristo Redentor:

“Amaos los unos á los otros. La paz sea con vosotros.”

Y como estas halagadoras esperanzas no las veremos realizadas, nos queda el consuelo de exclamar: ¡Maldita humanidad, por ser como eres no nos civilizamos!

Esto escribíamos en una *Revista* (1) el 5 de Septiembre de 1913. ¿Quién nos iba á decir que á los pocos meses había de estallar la guerra más cruel y tremenda que han presenciado los siglos? ¿Quién nos iba á decir que esas Potencias que nos habían hablado de paz y de ser ellas la garantía del concierto europeo fueran las que se lanzaran al combate con millones de hombres y pertrechadas de los elementos más terribles y mortíferos que el ingenio del hombre ha podido inventar? Y sin embargo es una triste realidad. En todas ellas el hombre combate contra el hombre, como si fuera su mayor enemigo, olvidando los elementos más rudimentarios del afecto humano, de la civilización y de la moral cristiana.

¡Cuántos hermanos nuestros muertos en los campos de batalla y cuántos inutilizados para el bien de sus familias y de su Patria! Y si todavía fuera esa lucha por una de las cosas que según don Quijote pueden y deben gue-

(1) *El Distrito de Aracena.*

rrrear las naciones, podíamos darnos por satisfechos; pero no; esa lucha son combates de mercaderes, mejor dicho, pelean por ver cuál de esas naciones ejercerá en adelante el predominio de la industria y el comercio en el mundo. Añádase á tanta desolación y espanto el que van arrasando y destruyendo pueblos y ciudades junto con esos monumentos que el genio del arte ha ido acumulando en la sucesión de los siglos, obras que ya no podrán recrear el espíritu de las generaciones futuras, y dígasenos, pues, si no se podrá escribir este letrero en el lugar que ocuparon:

“Por aquí pasó el genio del mal con el nombre de ejércitos cristianos defensores de la Justicia y del Derecho en el siglo xx de la era de Cristo Salvador.”

Por eso exclamamos con toda la amargura de nuestra alma: ¡Cómo nos civilizamos!

APÉNDICE

RESUMEN DE LOS ELOGIOS Y ALABANZAS QUE DON QUIJOTE DE LA MANCHA DIRIGIÓ A DULCINEA DEL TOBOSO.

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO

SONETO

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por más comodidad y más reposo,
á Miraflores puesto en el Toboso,
y trocara sus Londres con su aldea...!

¡Oh, quién de tus deseos y librea
alma y cuerpo adornara, y del famoso
caballero que hiciste venturoso
mirara alguna desigual pelea!

¡Oh, quién tan castamente se escapara
del señor Amadís, como tú hiciste
del comedido hidalgo don Quijote!

Que así envidiada fuera y no envidiara,
y fuera alegre el tiempo que fué triste,
y gozara los gustos sin escote.

Caminando don Quijote por los famosos campos de Montiel, libre su caballo y nada sujeta su inteligencia, iba enumerando las hazañas y hechos que iba á realizar, por los que sería famoso y

su dama altamente conocida y alabada, á la que, con arranques amorosos, la dijo:

“—¡Oh princesa, Dulcinea, señora de este cautivo corazón! Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cui-tas por vuestro amor padece.”

En la tremenda lucha que sostuvo en la venta con aquellos desalmados harrieros que perturbaron su quietud al velar las armas con las que había de ser armado caballero, invocó el nombre de su dama en estas palabras:

“—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo!”

Ya de retorno á su aldea, don Quijote, todo alborozado de verse armado caballero y libre Andresillo de los malos tratos que su amo le diera, iba diciendo á media voz:

“—Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven la tierra, ¡oh sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será don Quijote de la Mancha.”

Como los mercaderes toledanos no quisieran confesar las gracias, bellezas y dones de Dulcinea

y de ella hablaran con gran descomedimiento, don Quijote, todo encolerizado, les dijo:

“—No le mana, canalla infame—respondió don Quijote encendido en cólera—; no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama. Pero ¡vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora!”

Viéndose don Quijote en gran aprieto con aquel feroz vizcaíno, dió una gran voz diciendo:

“—¡ Oh, señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero que, por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla!”

Caminando iba don Quijote á presenciar el entierro de Grisóstomo cuando se le acercaron unos caminantes, los que, enterados de su profesión y de otras cosas pertinentes á la misma, uno de ellos le dijo:

“—Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión.”

Aquí dió un gran suspiro don Quijote, y dijo:

“—Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria, el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad, por lo menos ha de ser princesa,

pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen ó hacen verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro; su frente, campos Eliseos; sus cejas, arcos del Cielo; sus ojos, soles; sus mejillas, rosas; sus labios, corales; perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos; su blancura, nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.”

Estando en Sierra Morena haciendo penitencia, lamentándose de su desventura, exclamó:

“—¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche. gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, así el Cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mí fe se le debe!”

Y hasta tal punto llegaron sus locuras amorosas por Dulcinea, que se entretenía escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, siendo éste uno de los que, entre todos, pudieron encontrarse:

Arboles, hierbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea;
pues por pagaros escote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso, etc...

Como Dorotea le pidiera de rodillas el favor de restituirla en su reino, don Quijote la dijo:

“—Yo vos le otorgo y concedo—respondió don Quijote—, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave.”

Como Sancho ponderara la hermosura de la reina Micomicona y dijera algunas palabras en desalabanza y desprestigio de Dulcinea, don Quijote, todo colérico, le dijo:

“—Decid, socarrón de lengua viperina: y ¿quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser.”

Mientras dormían todos en la venta quedóse don Quijote guardándola, como si fuera castillo; oyósele decir entre dolientes y profundos suspiros:

“—¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad y, últimamente, idea de todo lo pro-

vechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo!”

Rogó la Duquesa á don Quijote que le delinease la hermosura y facciones de Dulcinea del Toboso, á lo que contestó:

“—Si yo pudiera sacar mi corazón y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aquí, sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en que se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?”

Lamentándose don Quijote ante los Duques del modo y manera como los encantadores habían transformado á Dulcinea, para terminar les dijo:

“—Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos, á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena y España por la Cava, aunque con mejor título y fama.”

Desechando don Quijote las solicitudes y requiebros amorosos de Altisidora, exclamó:

“—Para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje; para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo. Llore ó cante Altisidora; desespérese Madama, por quien me aporrearón en el castillo del moro encantado; que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado; limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra.”

Todos recordarán lo convenido entre don Quijote y el *Caballero de la Blanca Luna*, que no era otra cosa sino declarar la hermosura y belleza de la dama del vencedor, y aunque el ingenioso hidalgo perdió la demanda “molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si se hallara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo:

“—Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra.”

Si estos elogios y alabanzas que don Quijote dirige á Dulcinea, pobre y rústica labradora del Toboso, son aplicables á ella ó si lo son á la Dulcinea de Lofraso, á la Lucinda de Lope ó á la Gloria encarnada en mujer, díganlo los lectores, cuyo juicio suele ser inapelable cuando se trata de disquisiciones ó materias literarias.

ÍNDICE

	PÁGS.
AL LECTOR.....	7
CAPÍTULO I.—De como Sancho no fué comilón, go- losazo ni sucio.....	9
CAP. II.—Del gobierno de Sancho.....	23
CAP. III.—De broma y de veras.....	33
CAP. IV.—El pueblo del rebuzno.....	41
CAP. V.—De los saludables consejos y adverten- cias que Sancho dió á don Quijote.....	47
CAP. VI.—Del trato insolentísimo que don Quijo- te dió á Sancho, su escudero.....	55
CAP. VII.—De la aventura que con menos es- fuerzo y peligro terminó don Quijote.....	63
CAP. VIII.—Refranes.....	73
CAP. IX.—De la edad de hierro y la dorada.....	77
CAP. X.—Don Quijote y Sancho en casa de los Duques.....	85
CAP. XI.—¿Quién fué Dulcinea del Toboso?.....	97
CAP. XII.—¿Quién fué el primer aviador?.....	119
CAP. XIII.—De las discreciones y creencias de Sancho.....	127

	PÁGS.
<hr/>	
CAP. XIV.—Refranes antiguos y mentiras modernas.....	141
CAP. XV.—Coincidencias raras.....	147
CAP. XVI.—Retazos.....	157
CAP. XVII.—Ocios literarios.....	164
CAP. XVIII.—¡¡ Cómo nos civilizamos!!.....	171
APÉNDICE: Resumen de los elogios y alabanzas que don Quijote de la Mancha dirigió á Dulcinea del Toboso.....	181

063.322 (827



a39001



008152467b

